Seix Barral

Cécile Coulon

El lenguaje de las cosas ocultas



Seix Barral Biblioteca Formentor

Cécile Coulon

El lenguaje de las cosas ocultas

Traducción del francés por
Cynthia Fernández Trejo

Índice

Prólogo
El lenguaje de las cosas ocultas
Epílogo
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Prólogo

Porque así es como nacen, viven y desaparecen los hombres, haciendo pactos funestos con los cielos: sus manos acarician y destrozan, vuelven tan frágil la piel de otros hombres que podemos hundir con facilidad lanzas y espadas en ella. Nada los asusta salvo su propia muerte, sus dedos son más cortos que los de los grandes simios y sus uñas menos afiladas que las de un perro pequeño; sin embargo, envilecen a las bestias y destruyen las praderas, se apoderan de los ríos, los árboles y las ruinas del viejo mundo. Sí, se apoderan con la avidez de un recién nacido y la violencia de un dios enfermo. Solo porque ponen su mirada sobre un retazo de sombra sienten que esa sombra les pertenece y el sol les debe su luz y su calor. Se alimentan de las leyendas que hablan de una tierra redonda y agujereada, de un cielo azul y rojizo. Construyen ciudades gigantes para vidas diminutas, y el odio a esa menudencia los empuja hacia todas las grandezas. Respecto al amor, no entienden nada sobre las conmociones del corazón y del sexo; intentan apaciguarlos, pero sus fuerzas son frágiles, sus cuerpos están mal preparados para las tempestades de los sentimientos. Han encontrado un lenguaje para decirlo todo; con ese tesoro, se esfuerzan por demostrar que son los jefes, los poderosos, los vencedores.

No importa que violen a mujeres, niños, hermanos o desconocidos; tampoco importa que vacíen océanos y llenen fosas comunes. Todo está destinado a acabar en un libro, un museo, un aula; todo se transformará en estatua, en concurso, en documental. Da igual que incendien bibliotecas, pueblos y países enteros, que martiricen a los que aman. La realidad es que para vencer hay que quemarlo todo y observar cómo las llamas se elevan sobre los bosques hasta formar, bajo las nubes, grandes letras ilegibles. Da igual que su paso por esta tierra sea más corto que el de un árbol, una casa, una tortuga o un río, pues son tan hermosos, con sus ojos llenos de amor y sus manos llenas de sangre; son tan hermosos, con sus cuerpos que,

similares a ramas pequeñas, se yerguen, imitan los acantilados, se creen montañas o cimas; son tan hermosos en su sed por agotar las fuentes más antiguas; son tan hermosos en la timidez del primer beso, que dura tan solo un segundo, pero después de eso ya no volverán a ser magnánimos. Sí, así es como nacen, viven y desaparecen los hombres.

En medio de esa multitud ciega y tambaleante, existen algunos que comprenden las cosas ocultas. Estos hombres advierten en silencio los grandes temblores del cuerpo, los derrumbes repentinos de la sangre; poseen el don, la fuerza. Se mezclan con los demás y los cuidan, los apaciguan. Parecen hombres y mujeres comunes, pero en su interior llevan décadas de dolor y alegría. Conocen el fuego, lo llevan dentro, dominan las llamas. Como hacen los perros pastores alrededor de un rebaño aterrorizado por una tormenta, estas personas se acercan a un cuerpo y de inmediato el cuerpo habla con ellos, se expresa; ellas oyen, escuchan, responden, curan. En el fondo de una granja, cerca de una cama sucia, al lado de una cuna rota, estas personas curan, eso hacen, los llaman para eso, aunque lo que hacen es algo más, algo que no entendemos.

Desde muy jóvenes, esas personas aprendieron el lenguaje de las cosas ocultas.

A media colina, le llegó un olor a sangre y a álamo fresco. Había caminado ya demasiado tiempo: el día terminaba a medida que la colina, detrás de él, se desvanecía, mientras que otra, frente a él, se elevaba. La aldea estaba ahí, bajo sus ojos empañados por la llovizna. Veía una hilera de casas grises y negras a ambos lados de lo que parecía ser un río, que era tan estrecho que casi se perdía entre los árboles. Distinguía dos puentes arqueados, bastante anchos, que cruzaban con orgullo la corriente de agua. La iglesia, que se miraba diminuta en ese valle, alzaba su campanario silencioso hacia las nubes. Desde donde estaba, contó veinte casas, tres construcciones grandes que estaban apartadas —eran establos— y un camino que descendía hasta la entrada del pueblo y salía por el otro lado antes de volver a subir.

Era su primera vez.

Su *madre*, una mujer muy mayor, ya no salía de casa, que se encontraba a treinta kilómetros de ahí. Esta vez, cuando la llamaron, se volteó hacia su *hijo*, y él comprendió. Había llegado su turno. Él tenía que seguir.

—¿A dónde debo ir?

—Entre dos colinas bajas. No hay más que un solo lugar: el Fondo del Pozo. No te distraigas, te están esperando.

—¿Y si me pierdo?

—No te perderás. Es por eso que las personas comunes nos llaman: porque nosotros nunca nos perdemos. No lo olvides.

Luego le preparó un equipaje ligero y él emprendió aquel día de viaje. Su mirada estaba fija en el horizonte sobre ese par de colinas bajas, que encerraban aquel pueblo de donde provenía el llamado de unas almas perdidas.

Durante el trayecto, no había podido evitar voltear hacia atrás unas diez veces, pues había sentido que su *madre* estaba detrás de él. Sin embargo, nada se movía a su alrededor; ni uno solo de los álamos verdes y altos ni una sola flor de las que abundaban en los prados. Al mediodía, el viento azotó el paisaje y él creyó escuchar la voz de su *madre*. Debía avanzar rápido, cruzar la colina y llegar antes de que anocheciera. Ahí ya esperaban su llegada, y él lo entendería todo, había dicho su *madre*; alguien iría a recibirlo, lo llevaría a una casa y todo comenzaría a la orilla de una cama, junto a un enfermo. Había acompañado a su *madre* más de cien veces cuando recibía estos llamados —no había otra manera de decirlo, *la llamaban*—, cuando los hombres ya no sabían a quién pedir ayuda. Los hospitales estaban demasiado lejos, los médicos eran escasos y los ancianos se negaban a ser atendidos de otra manera que no fuera por sanadores de quemaduras, curanderos o hueseros. Su *madre* aceptaba los nombres que le daban, pero, cuando su *hijo* le preguntaba cómo se definía, ella respondía: «Vemos cosas ocultas y no hay una palabra para eso».

Así, ella dejaba que aquellos a quienes llamaba «personas comunes» usaran el lenguaje que quisieran, mientras ella le enseñaba el suyo a su *hijo*. Hoy, sobre ese camino desprovisto de límites, él partía solo para cumplir con esa tarea: ver las cosas ocultas.

Es una manera sutil —demasiado sutil— de contarlo. Ese muchacho que avanza por el lomo de una colina para alcanzar el Fondo del Pozo, ese muchacho que se mira joven como un tallo —menos lindo que un niño, pero sin duda más que un adulto—, ese muchacho, para los lenguajes consagrados a las cosas ocultas que se dispone a descubrir, ese muchacho es una tragedia.

El Fondo del Pozo está siempre en la sombra: el agua de ahí es fresca y el forraje más verde que en los dos cerros deshierbados que lo rodean. Una carretera lo atraviesa, un campanario lo engrandece. Las casas están muy bien alineadas. Los vivos se aferran a la vida. Nadie puede salir del Fondo del Pozo por su propio pie, la única forma de hacerlo es siendo llevado por alguien más. Unos brujos insolentes hicieron grandes hogueras ahí para atrapar al sol y, como castigo, el sol nunca más regresó. Algunas veces se asoma; en raras ocasiones quema los ojos y hace que la piel de la espalda de los niños se llene de ampollas rojas que revientan. Entonces las personas prefieren esconderse aún más adentro, en la parte de atrás de sus cocinas o bajo los cobertizos a orillas del río. El Fondo del Pozo recibe ese nombre porque, desde la cima de la colina donde se encuentra el muchacho, no es posible imaginar que un lugar así pueda existir en la tierra.

El *hijo* entiende por qué su *madre* lo envió en su lugar: la mujer ya no tiene edad para llegar caminando a ese sitio. Ya no tiene la edad para enfrentarse a esa soledad, a esos valles profundos. Él debe aprender que, en esa parte del mundo, el sol es un asesino, que el agua es tan fría que te destroza el estómago, que por la noche las dos colinas se acercan para mantener, entre sus muslos, las casas calientes hasta el amanecer. Su *madre* ya no tiene la edad para adentrarse en esos lugares. Él lo siente en la pendiente que serpentea entre matorrales de retama y corredores de flores de zanahoria silvestre. No hay ningún rebaño, ningún alambre de púas en los bordes de los campos, ni siquiera un puesto de caza a orillas del bosque. Entre las colinas bajas, no hay nada más que el Fondo del Pozo.

Se pregunta si saldrá vivo de ahí.

Llega la noche: el sacerdote espera frente a la cruz enclavada en una piedra gris. Llamó a la *madre* en la mañana, sabe dónde encontrarla, cómo hacer para llegar a ella. Cuando él se lo pide, ella viene. Pero la *madre* ya está anciana. El sacerdote no sospecha que esta vez será su *hijo* quien acuda al lugar. Cuando la silueta del muchacho aparece al pie de la colina, el sacerdote, de ojos tan negros como su hábito, piensa que es un viajero perdido. Avanza rápido, esperando que nada retrase su encuentro con ella. Pero, cuando los dos hombres se cruzan en ese camino apenas más ancho que un gran ataúd, el sacerdote reconoce de inmediato al extraño. En su andar y en los restos de infancia que le quedan hay un rastro de la *madre*: su paso inaudible, su calma, la cabellera suelta y despeinada, la espalda recta a pesar de los treinta kilómetros recorridos a pie. El joven se detiene en medio del camino, inclina la cabeza y susurra:

—Usted sabe quién soy.

El cura esboza una sonrisa.

—Eres el *hijo* de tu *madre* y llegaste muy rápido. Sígueme.

Juntos retoman el camino, uno al lado del otro. Vistos desde lejos, podrían parecer dos amigos que se reunieron para cenar bajo los árboles, pero pronto se pierden en la noche que ya se asentó por completo. Se escuchan dos búhos al otro lado del puente. El sacerdote quiere hablar, quiere decir que es una buena señal escuchar el ulular de los búhos cuando se llega a un lugar, que es raro que las aves nocturnas den la bienvenida a alguien, pero es la primera vez que el muchacho va al pueblo y el sacerdote alcanza a percibir cómo late su corazón mientras se adentran por la calle principal. Las casas están dormidas: los dos hombres cruzan el puente, los zapatos del sacerdote resuenan sobre los adoquines desiguales mientras que las sandalias del muchacho se deslizan con suavidad. «Parece que camina sobre el aire», piensa el religioso. La corriente del río va enfurecida; el sacerdote escucha

cómo el agua se estrella contra las rocas, cree sentir que el puente se desploma bajo sus pies. El río regresa sobre su cauce. Horas antes de que llegara el chico, empezó a embravecer, y el sacerdote que lo acompaña juraría que grita con cada paso que dan, pero el niño con pelo de anciano no aparta los ojos de la iglesia.

—Necesito un lugar donde dormir.

—Ya está todo arreglado. Al fondo hay una vieja dependencia del presbiterio —responde el sacerdote, señalando hacia un lugar poco visible junto al campanario—. Tu *madre* suele quedarse ahí.

El *hijo* echa a andar de nuevo como si la conversación nunca hubiera ocurrido. El sacerdote sabe cómo es esta gente: nada del mundo de los hombres les es desconocido, excepto los buenos modales.

Caminan por la orilla del río, sobre las ruinas de unos murallones antiguos. La noche está llena de aves que chillan y ramas que crujen; no se escucha nada al interior de las casas cerradas, ninguna lámpara ilumina las ventanas desoladas ni los rellanos en forma de concha. Avanzan bajo una triste media luna, pero el sacerdote conoce de memoria el Fondo del Pozo y el chico ve las cosas ocultas. No necesita luz, esta le impediría hacer su trabajo. A lo largo del camino entre su casa natal y la aldea de las colinas bajas, protegió varias veces sus ojos del sol y tuvo que detenerse bajo árboles enormes. Pensó que habría sido mejor salir temprano, antes del alba, para avanzar de noche. Es lo único que conoce: las sombras, a las que busca, sigue, acecha, tal y como su *madre* le enseñó. Ella nunca trabajaba en pleno día, siempre prefería las primeras horas de la mañana y el filo del crepúsculo. Durante el día, se quedaba en la cama o se sentaba en el sillón frente a la chimenea, y su *hijo* jugaba o trabajaba en la alfombra mientras esperaba a que ella se levantara. Pasó veinte años a los pies de una mujer silenciosa y, ahora, en esta noche que lo acompaña en su primera visita, lo asalta el rumor de un pueblo dormido, sus oídos se llenan del río embravecido, de los búhos y del crujir de los postigos. No está acostumbrado a tanta vida, no sabe lo que significa estar en medio de los hombres.

El alboroto es tal que sacude la cabeza como una vieja mula, y lo que el

sacerdote toma como un gesto de orgullo no es más que la manifestación del dolor vivo de ser de este mundo sin ser de esa gente.

Ve la larga mesa y sabe que ahí poseyeron a muchas mujeres.

La madera: marcada por huellas, manos que se aferraron a los bordes, platos calientes, cuchillos clavados, uñas rotas. Ve la gran mesa: hay un grito que viene de otro tiempo. Él es el único que lo escucha, sospecha que ahí fue violada la madre de familia y, quizá también, su madre antes que ella. No está seguro y no le preguntará nada al sacerdote. Desde que dejaron la orilla del río, el hombre de sotana se comporta como una estatua. Para llegar a donde están, empujó la puerta entreabierta de una casa, que es tan roja que la noche apenas logra oscurecerla. Entraron a una pequeña habitación donde crepita un fuego débil. El *hijo* no deja de mirar la mesa, sus ojos se pierden en las grietas llenas de grasa; unas arañas colgadas debajo lanzan sus telas suaves y resistentes. Él sabe que ahí los hombres han sido más violentos incluso que en un campo de batalla, que han preferido devastar más mujeres sobre esta mesa que en sus camas, donde solo buscan el sueño y el calor de los edredones. Entonces, violan ahí donde comen, y el *hijo*, a pesar de lo que le enseñó su *madre*, se tambalea al oír los gritos y ser el único en escucharlos. Pierde la noción del espacio, buscando de dónde proviene el horror en su oído y, mientras se aleja, la mano del sacerdote lo agarra del hombro.

—Sígueme. Es por aquí.

La casa vuelve a quedar en silencio. Dejan atrás esa estancia moribunda y se adentran por un pasillo de paredes amarillas. Al fondo, hay una habitación pequeña, la habitación de un hijo único, con una cama cubierta por una tela azul con flores y una lámpara redonda que reposa sobre un taburete de madera desgastado.

—Acércate.

Un hombre espera al pie de la cama, sentado sobre un jergón inmundo. Algunos insectos se deslizan por debajo. Sus hombros desnudos, con la piel roja y amoratada, dan la impresión de estar cubiertos por una tela muy fina

del color de un vino añejo. Las manchas se detienen en sus manos. El *hijo* no lo mira: su presencia es como una astilla clavada en la comisura del ojo; se concentra en la lámpara. Cerca de aquella luz tenue, unos cabellos rubios casi rojizos dejan rastros de sudor sobre la almohada. El olor de un niño enfermo llena la habitación.

—Está así desde hace días. El doctor vino y está muy preocupado. Así que decidimos llamar a tu señora *madre*.

Los dos hombres no esperaban verlo a él. Querían verla a ella. Su sola silueta los habría tranquilizado. Sus grandes manos se habrían posado en la colcha, y un calor habría atravesado ese cuerpo infantil, esa habitación miserable, esa casa donde todo es violento.

De momento, el *hijo* solo piensa en el hombre al pie de la cama: cuando su esposa gritaba, doblada sobre la mesa, él gruñía; eso es lo que escucha el *hijo* cuando el sacerdote le habla, el rugido de ese padre, años atrás, echado sobre la mujer a la que acababa de desposar. El *hijo* cierra los ojos, pero el hombre sigue ahí, junto a él, sentado en su propia suciedad, cuidando a un niño, «su primogénito», piensa el *hijo* mientras acerca la mano a los párpados hinchados por la fiebre.

—Necesito estar a solas con él —dice, señalando la puerta.

El padre voltea a ver al sacerdote: este no se mueve. Por lo general, no se le niega nada a la *madre*.

—¿Dónde está la que lo trajo a este mundo?

—Hace tiempo que subió al cielo —murmura el religioso.

El *hijo* aparta la colcha: el rostro del niño parece el de una estatua de mármol. La enfermedad trazó nuevos rasgos en su cara: líneas que, por lo general, son propias de la vejez y el dolor, surcos que van desde la boca hasta el mentón, desde el ojo hasta la oreja; hendiduras marcadas, inmóviles, todas en la superficie de un rostro liso. Tanta belleza maravilla al *hijo*, pero no lo muestra. Detrás de él, el sacerdote espera, inclinado sobre la cama; debería retroceder, fundirse con su hábito en la sombra de la habitación, pero aún no conoce al *hijo*, tiene que comprobar que sus gestos son realmente los de su *madre*, que es quien dice ser. Y lo es: con mucha delicadeza, echa los hombros hacia atrás y se yergue desplegando su fuerza.

El sacerdote siente que el *hijo* pone en práctica en esa habitación lo que su *madre* le enseñó, pero son demasiados en ese cuarto hecho para un niño. Tres hombres para una sola fiebre. El *hijo* no tiene espacio, debe hablar el lenguaje de las cosas ocultas, pero el padre inmundo se lo impide, con sus ojos de cerdo y sus hombros de diablo, con ese rojo en la sangre, la piel y los dientes. El *hijo* ocupa toda la habitación, y aunque es nuevo en ese lugar, los otros dos hombres sienten que él es, sin duda, el *hijo* de su *madre*. Entonces salen.

Los ojos del niño están tan pálidos que el *hijo* piensa que ya se ha ido, que llegó demasiado tarde, que debió dejar antes a su *madre*, llegar ahí antes de que las cosas ocultas se tragaran al niño. La puerta de la habitación está cerrada: los ruidos de la mesa chocan contra la alcoba, donde se enfrentan fuerzas invisibles. En el rostro del pequeño, el calor y el frío le hunden y le llenan sus mejillas todavía infantiles, le tensan su frente angosta. Su mandíbula palpita. El niño ha estado sufriendo durante varios días, está acostumbrado al dolor y busca refugios en su fiebre, lugares donde pueda descansar su cabeza, su piel, sus músculos.

—Estoy aquí y vamos a pasar un tiempo juntos para que te mejores. Vine para verte.

Debajo de la colcha, la mano del niño tiembla: el *hijo* la roza. Piensa en tomar la almohada, en presionarla sin fuerza sobre el rostro enfermo, para que todo termine en ese momento. Sería simple y silencioso.

—No tienes nada que temer.

La casa está gobernada por un hombre violento: la leña se agita junto al fuego, la mesa está carcomida por la violación, el pasillo exuda, la suciedad hincha el viejo papel tapiz. Un olor a aire frío y contraventanas podridas invade la habitación. El hombre de los hombros rojos dirige hacia el *hijo* una mirada desprovista de alma, de vergüenza y de remordimiento alguno. Su esposa ya no pertenece a este mundo, pero su hijo, su único hijo, según supone él, yace en esa cama que es el único lugar cálido en la casa. El padre es un hombre aterrador, pero, estando junto a su hijo enfermo, la intranquilidad que siente le quita esa apariencia: mira a su niño con el temor de perderlo todo. Clava en él unos ojos desquiciados, ebrios de angustia, rabiosos de miedo. Es un hombre monstruoso, solo ha hecho daño a su alrededor. Sin embargo, a su hijo nunca lo ha golpeado, jamás lo ha tocado. Desde la desaparición de la madre, algo en él se derrumbó y, aunque no es creyente, sabe que debe cuidar al niño. Con él, al ser solo dos en esta casa, descubre el peso de la palabra *amor*. El hombre de los hombros rojos está hecho de una carne de músculos y alcohol; le faltan sueño, luz y caricias; no conoce nada de sonrisas sinceras ni de palabras dulces; ha violado mujeres, golpeado hombres, destripado animales; bebe como un perro, grita, ruge, se masturba en las sábanas de la difunta y, cuando eso no es suficiente, caza a las hijas vírgenes de los hombres que conoce desde la infancia. Es un ser humano que no merece ser llamado así, pero, cuando está cerca de su hijo, otros colores se asoman a la superficie, se transforma de a poco, busca en su interior restos de emociones intensas. Ama a ese niño, verlo enfermo lo enloquece, saberlo condenado lo mataría.

El niño posee una belleza deslumbrante: la enfermedad lo hace ver más luminoso; su piel parece estar hecha de un papel delicado, sus cejas forman dos líneas arqueadas sobre sus ojos temblorosos. Un color rosado persiste en

su boca; la vida resiste en sus labios, de ahí emana la calidez. El resto del cuerpo se agota, pero el *hijo* reconoce un soplo de vida, una fuerza tan ligera que solo un hombre como él podría percibir.

El padre, de una fealdad profunda, es un hombre afortunado: su hijo, aun en su mundo infame, aun cuando su existencia está anclada en esas tierras exudantes, ese pequeño, es hermoso. No heredó nada de él y, sin embargo, es suyo; se nota en los pómulos y, tal vez también, en el cabello: es suyo. ¿Cómo es que un hombre así puede engendrar a un niño sagrado? ¿Cómo de un cuerpo bestial puede nacer algo tan frágil? ¿Cómo, cómo, cómo? Este padre atroz no tiene idea, lo único que sabe es que no puede perder a este niño, no puede dejarlo morir sin haberlo intentado todo, incluso llamar a ese muchacho, a ese extraño, al *hijo* de esa *madre* conocida en el pueblo por salvar a buenos y a miserables. Este niño es su salvación, un destello de luz en medio del fango, una corona sobre la inmundicia. Aquel padre no merece a este ángel, pero cierta dulzura ha penetrado por sus hombros rojos, un pedazo de amor que se mece, que cruje. El milagro del niño es haber despertado en su padre esa emoción que él no conoce, pero que lo carcome. Si el niño muere, será menos que un hombre, menos que una bestia. Y ese bárbaro de los hombros rojos le tiene miedo a lo que hay debajo de los hombres y las bestias: el vacío.

En medio de la noche, el *hijo* solo alcanza a distinguir el campanario de la iglesia, la brava corriente del río y el metal de las campanillas que están junto a las puertas. El Fondo del Pozo luce tranquilo: uno se pregunta si está habitado. El sacerdote y el *hijo* caminan por la orilla del río. Hace cuatrocientos años se edificaron de cada lado unos muros de piedra de un gris pálido, como el plumaje gris de un pájaro, con el fin de proteger los comercios y las calles. El río nunca ha sobrepasado esas barricadas. Su cauce no es ancho, pero es suficiente; nadie intenta desviar su curso ni secar sus riberas, vaciar sus entrañas. Los habitantes del Fondo del Pozo se conforman con cruzarlo, a veces tiran cáscaras desde las ventanas. En verano, algunos niños intentan nadar en él, pero el agua es tan fría que te arranca la piel, te muerde los dedos de los pies. Es un agua que solo tomas en caso de urgencia, beberla te congela el estómago.

Desde donde está, el *hijo* logra reconocer el puente por el que caminaron una hora antes. Le parece más imponente, como si fuera la parte superior de una mandíbula abierta. El sacerdote está acostumbrado: ha pasado cerca de ese labio de piedra desde hace treinta años. El arco está cubierto de luciérnagas. El *hijo* ve que ahí, bajo ese orbe centelleante, colgaron a algunos hombres, tres o cuatro, con los pies descalzos y los dientes arrancados. Percibe a un anciano cuyas manos fueron destrozadas por otros hombres; a dos muchachos de espaldas anchas y robustas, para quienes tuvieron que reforzar las sogas, y a un joven de casi dieciocho años con aspecto frágil. Este último parece un muñeco. Es delgado y sus piernas, amoratadas por los golpes, se balancean sobre el agua como ramas sin flores.

—Aquí han ahorcado gente —comenta el *hijo.*

El sacerdote se detiene. No mira a su acompañante: su vista se dirige al puente y luego al río.

—Tu *madre* no decía nada de eso. Lo sabía, pero no decía nada. No hacía

preguntas. Aún te queda algo de juventud.

El *hijo* podría borrarlo de la faz del Fondo del Pozo en un segundo. Por la mañana, nadie sabría qué decir ni qué hacer. El sacerdote habría desaparecido.

—Habla de ella en pasado. Ella no está muerta.

El cura posa su mirada en el *hijo*.

—Te pido disculpas, muchacho. No quería ofenderte.

Luego, extiende su mano y dibuja unas sogas en el aire.

—Es cierto, aquí ahorcaron a algunas personas. Todos lo recuerdan, aunque nadie había nacido cuando eso ocurrió.

—Así es como perduran los pueblos.

El sacerdote deja escapar una risa sutil que le viene más de la nariz que de la boca, como un suspiro. Se hacen amigos, incluso si para el *hijo* los amigos no existen. En toda su vida solo ha conocido a extraños y a su vieja *madre*. Para él, ella es, al mismo tiempo, una compañera y una desconocida. Sabe cómo vivir con ella, comprende sus silencios, anticipa sus gestos. Está listo antes de que ella le pida algo. No adivina lo que ella piensa, lo sabe. La *madre* lo ha educado, entrenado e instruido para que, según dice, «nada de este mundo te sea ajeno». Ha dedicado su vida a hacer que la de su *hijo* sea clara, transparente: él sabe hacia dónde va, cómo y por qué. Ella se ha asegurado de que lo sepa todo, para que, un día, ocupe su lugar.

—Necesitas descansar —dice el sacerdote con el tono de voz que suele usar con los monaguillos.

—Lo dudo.

El sacerdote vuelve a sonreír, pero esta vez sin disimularlo.

—Me refiero a tu alma.

Se ponen de nuevo en marcha. El puente desa-parece en la oscuridad. El *hijo* no puede imaginarse el Fondo del Pozo en otro lugar que no sea sumido en las sombras. Sus construcciones son como los dientes al interior de unas fauces viejas.

De pronto, la iglesia emerge dentro de este paisaje oscuro. El sacerdote la cuida con esmero y, en esta noche interminable, su campanario les devuelve

la calma a ambos hombres. Rodean las capillas y, del otro lado, una pequeña casa contigua, de techo bajo y ventanas redondas, espera al *hijo.*

—Es aquí.

El *hijo* ve a su *madre*, también en medio de la noche, cerca del umbral de esa vivienda diminuta. Su silueta está inmóvil frente a las ventanas. A ella le gusta este lugar, ahí se siente casi bien.

En el interior todo está hermosamente desnudo. No hay cuadros en las paredes ni adornos en los estantes. La mesa está cubierta con una tela blanca con ribetes, que es un trozo de sábana que el sacerdote recortó para darle un poco de humanidad a esta habitación sin amor. Una pequeña chimenea escupe brasas rosadas. La cama, ubicada al fondo del cuarto, contra una pared, está formada por un colchón encima de otro, un edredón y una silla como cabecera. La Biblia descansa sobre la única almohada: es un lugar para dormir solo.

—Vendré a buscarte por la mañana —susurra el sacerdote—. Hay más leña afuera, en el cobertizo. Pero con esta será suficiente para unos días.

El *hijo* no le da las gracias. Toma la tela y la dobla cuidadosamente en cuatro. Luego le entrega el cuadrado de tela blanca a su anfitrión. Este suspira y se da la vuelta para salir, pero, antes de cerrar la puerta, pregunta:

—¿Y el niño?

—Vivirá.

Soñaba con una gran playa de arena café donde habían perecido trece ballenas: sus lomos brillaban bajo el sol; hombres y mujeres se agitaban a su alrededor como moscas; los veterinarios acudían al llamado de emergencia; los periodistas intentaban fotografiarlas; se escuchaba el sonido de estos animales marinos muriendo donde no deberían morir, en la tierra, con sus barbas enterradas en la arena. Algunos camarógrafos montaban a toda prisa sus equipos en el sendero que bordeaba la playa. Ese día, el viento se había retirado y el mar con él. El *hijo* iba de una ballena a otra, poniendo su diminuta mano sobre sus cadáveres, y la muerte temblaba en los ojos de cada una de ellas.

Soñaba con las llanuras salvajes y casi desiertas del norte, donde abundan más las crías de zorros que los niños. A menudo llamaban a su *madre*, debido a que la clínica más cercana estaba a decenas de kilómetros, y era imposible llegar a ella en días de nieve o de verano abrasador.

Soñaba con edificios derrumbados en el centro de pequeñas ciudades que habían sido abandonadas por los jóvenes. El perímetro estaba acordonado con cintas azules y blancas. La *madre* y el *hijo* llegaron ahí antes que la policía, antes que los médicos; se colaban entre las ambulancias y los equipos de rescate; subían por los pisos llenos de humo y se detenían frente a salas partidas en dos; tenían sus pies sobre el tapete de entrada y del otro lado estaba todo abierto, estaba la calle, y debajo se apreciaban los muebles hechos pedazos contra el asfalto; vajillas, bloques de piedra y metal mezclados con cuerpos, con las extremidades dislocadas que se confundían con lámparas o trozos de mesa.

Soñaba con las primeras palabras de su *madre,* en los días de buen clima. «Es un buen día para vivir», repetía cada mañana, frente a la única ventana de la casa donde vivían juntos, felices.

Soñaba con ser feliz de nuevo.

Soñaba con circos abandonados a orillas de carreteras interminables, quemados por el sol y la falta de agua; sus rejas estaban carbonizadas, los pasillos que alguna vez estuvieron llenos de niños ahora parecían trincheras donde la maleza arañaba las piernas. En las jaulas, las fieras yacían sobre arena manchada de orina y excremento. Los cachorros de león lanzaban chillidos inaudibles; los monos se balanceaban en las ramas; los linces, tigres y guepardos habían mordido los alambres de púas, y por sus hocicos corría sangre, sus lenguas secas se iban de lado. Todo esto a lo largo de kilómetros de pistas en las que aún podían distinguirse las flechas azules que indicaban «Ruta turística».

Soñaba con las manos, a veces suaves y rosadas, a veces amarillas y llenas de venas, que rozaban a las de su *madre*. De pequeño, le fascinaban esos brazos extendidos hacia ella, esos dedos arqueados, esas uñas devoradas por la vejez o la enfermedad. El resto del cuerpo se ocultaba bajo una sábana, pero las manos, las palmas, las muñecas él las veía vivas, agitadas como látigos. La sangre aún circulaba en ellas, la punta de los dedos se hinchaba. La esperanza habitaba en esas manos, y esa esperanza lo asombraba.

Soñaba con bebés recién nacidos dentro de burbujas de plástico, cubiertos de tubos, conectados a pulpos digitales. Soñaba con sus padres, cruzados de brazos por encima de esas máquinas, con los ojos fijos en aquellos bebés funambulistas. A menudo soñaba con ellos porque intentaba imaginar cómo sería respirar ahí abajo, como un animal marino atrapado en una red ultramoderna. Todavía no sabía cómo acercarse a esas vidas que tenían un comienzo así; se sentía distante, incapaz y frágil.

Soñaba con mesas donde se degollaban gallinas, con camas individuales que no deberían ser ocupadas por más de un cuerpo, con sillones manchados por el último sudor de los viejos. Soñaba con chimeneas que perfumaban las casas, con taburetes largos y bajos donde la gente estiraba las piernas para dormir con los pies calientes. Soñaba con caminos bordeados por humaredas negras, con bosques que sofocaban los gritos, con montañas que albergaban cuevas prohibidas. Soñaba con mujeres que alguna vez fueron hermosas y a quienes la vida abandonó como se abandona a un amante

fugaz; con hombres que fueron fuertes y cuyos músculos estallaban de tanto trabajar. Soñaba con patios de recreo, con cuarteles militares, con desiertos y con las colinas rojizas del sur. Soñaba con unos pájaros gigantescos de alas tan grandes que ocultaban el sol, y picos tan largos que podrían arrancar los tejados. Soñaba con huracanes y olas más altas que las colinas bajas, con tornados impresionantes que arrasaban con las casas, con campos devastados por las langostas, con invasiones de cangrejos y hormigas naranjas. A veces todo se mezclaba. Su *madre* le había dicho: «Las pesadillas no existen, solo son sueños un poco retorcidos».

Sueña con el niño, con la madre evaporada, con la bestia de los hombros rojos, y de repente un ruido borra las tres figuras. Son golpes. Sobre la madera. Se levanta, la puerta tiembla. La habitación está sumida en la penumbra. En medio de la noche, el *hijo* teme que sea la bestia que va a darle una paliza para recordarle quién es el hombre, el padre, el que manda.

El *hijo* se acerca, los golpes no cesan. Ese hombre puede hacerlo pedazos y esparcirlos por el pueblo, colgarlos en las ventanas de las casas, esconderlos en los huecos de los escalones de las entradas. Todo es posible con un padre así, de hombros colosales enrollados sobre sí mismos, con una mirada que no mira nada. Los golpes continúan, el *hijo* dice con calma:

—Váyase.

Por un minuto, nada. Pero hay alguien ahí, detrás de la puerta. Un hombre. Inseguro de sí mismo. Tal vez está lo bastante borracho como para golpear así la puerta y luego detenerse sin abandonar el lugar. El *hijo* también aguarda ahí, plantado como una flecha en un bloque de hielo, erguido, a la espera, concentrado en lo que ve. La noche acentúa los contornos, difumina los rostros.

—Váyase.

Nada. Ni un solo sonido. En la habitación, la madera mantiene sus crujidos, los ratones ya no corren bajo el techo. Afuera, los árboles desaceleran el frenético movimiento de sus ramas. Las campanas no han sonado desde hace horas. Un abismo se abre en el Fondo del Pozo: están ahí, separados por una puerta hecha de una madera que se utiliza para hacer ataúdes y mesas donde las mujeres son violadas; solo el *hijo* sabe que la puerta no está cerrada con llave. Es un consejo de su *madre*: no cerrar las puertas por la noche, mantener las ventanas abiertas sin importar el clima que haya; ninguna amenaza viene de fuera, nosotros somos nuestros peores enemigos. Y, a medida que pasan los minutos en esa capilla que Dios

abandonó desde hace tiempo, el *hijo* se repite esas palabras: el hombre detrás de la puerta no quiere hacerle daño.

—Sé que todavía está ahí. El sacerdote me llamó para ver al niño. ¿Usted es su padre?

Un suspiro rompe el silencio del lugar. Una voz se eleva con suavidad; el grosor de la puerta la hace sonar lejana y grave:

—Te llamaron por un niño, pero yo soy de otra familia. No es por eso que estoy aquí. Ábreme.

El *hijo* se equivocó: quizá es una mujer. Siente que su corazón se abre y la vergüenza lo abruma. Su *madre* nunca habría dudado.

—¿Qué desea?

—Ábreme. Te lo ruego.

Él no debe responder, no debe abrir; lo único que debe hacer es ver al sacerdote, al niño enfermo y a su familia. Si lo llaman por una persona, cuando llega, esa persona es el centro de todo: no debe desviar su atención, solo debe hablar con las almas involucradas en la vida del enfermo. Su *madre* ya habría ahuyentado al o a la insolente; habría hecho temblar las paredes y estremecer el cielo. Un truco de magia para los tontos que creen en eso.

Él sabe hacerlo, pero no se atreve.

—Ábreme.

El *hijo* suspira. Va a cometer un error.

—La puerta no está cerrada con llave.

Silencio. Luego, alguien entra. El chirrido de la puerta resuena en todo el pueblo. El *hijo* retrocede: delante de él hay un niño, tendrá unos diez años, las mejillas rosadas, los ojos de un verde pálido parecido al de un riachuelo. Es un niño. Suspira, en lugar de cabello parece que tiene heno sobre su cabeza. El *hijo* cree ver en este pequeño al niño de antes, pero es imposible, el otro niño está clavado en la cama como Jesús en su cruz. No puede ser él, pero se parecen.

—Ven, por favor —le pide el pequeño.

—No puedo. Vine por el…

—Por el hijo de la bestia de los hombros rojos —responde el chico—. Lo

sé. Todo el mundo sabe que estás aquí.

—¿La bestia?

El niño levanta los ojos con hartazgo.

—Sí, tú ya lo viste. Ahora se queda junto a la cama de su hijo, pero siempre ha maltratado a todo el pueblo. Llegas, y ahí está él haciendo de buen padre. Es un tipo peligroso, si me preguntas.

—No te pedí tu opinión y no tienes nada que hacer aquí a mitad de la noche —responde el *hijo* con una voz que se pretende autoritaria.

El niño baja la cabeza. Corrió para llegar hasta ahí.

—Perdón. Ven, por favor. Es un asunto de vida o muerte.

El *hijo* mira al niño con los ojos entrecerrados.

—Siempre es un asunto de vida o muerte.

—Esto es diferente.

Le gustaría gritar, levantar las manos y abrir la noche en dos para aterrorizar al niño.

Pero este no parece tener miedo: le habla como al cartero o como a un hermano pequeño. Le habla como a un ser vivo.

—¿Por qué es diferente?

—Porque tu *madre* ya vino a nuestra casa.

Caminan rápido y en poco tiempo dejan atrás la orilla del río. El niño avanza serpenteando entre las casas, a veces el *hijo* le pierde el rastro, solo ve una sombra y luego, de repente, los ojos verdes aparecen en la esquina de una choza. La noche lo devora todo: el cabello del pequeño desaparece en las tinieblas, su cuerpo ágil y compacto se asemeja al de un depredador veloz. El *hijo* lo sigue, conoce las sombras; vive en sus movimientos por la noche y en su quietud durante el día; sabe leerlas y entenderlas. Nadie en el mundo sabe hablar el lenguaje de las cosas ocultas como él.

El niño conoce este laberinto de casas pequeñas: ahí nació. Al dejar las murallas, las calles se vuelven cada vez más estrechas; uno teme avanzar y quedar atrapado. Algunas veces, hay que girarse un poco y caminar de lado, como haría un viajero al pasar por el borde de un despeñadero, porque las calles se convierten en callejones y los callejones, en ratoneras. El niño sigue su camino recorriendo las piedras con los dedos; detrás de él, el *hijo* observa cómo sus manos, aún jóvenes, rozan las construcciones de un siglo aplastado por la historia. Pero él no se atreve a tocar esas casas porque, si lo hiciera, vería y sabría; ya falló al seguir a este niño, ya abandonó su misión. Su *madre* lo sabe, de eso está seguro; desde donde sea que se encuentre, ella sabe que su *hijo* tomó el camino equivocado, que desvió su atención del niño enfermo y de su padre violento. Por un instante, el *hijo* teme que venga, que esa *madre* temible venga a terminar el trabajo por él. Luego recuerda que él está ahí, solo, sin ella.

Ese pensamiento lo paraliza: haga lo que haga, su *madre* no vendrá. No vendrá nunca más. El *hijo* empieza a temblar. El niño desapareció, el lenguaje de las cosas ocultas ya no le susurra al oído. Su *madre* no vendrá y, quizá, cuando él regrese, la casa estará vacía.

Puede sentir los latidos de su corazón hasta los dedos de los pies. Tiene la sensación de que el puente de los ahorcados también está temblando. Todo

el pueblo está a punto de ser devorado por la emoción que lo atraviesa: su *madre* lo envió ahí para desaparecer, lo envió lejos, hasta el Fondo del Pozo, entre dos colinas bajas. Comprende que esta misión marca el inicio de una vida, la suya, y el final de otra, la de su *madre*. La angustia lo sacude: lo invaden los años de aprendizaje; en medio de la noche, los recuerdos, las lecciones, las formas correctas de hacer las cosas, las advertencias y los silencios de su *madre* lo desgarran y le oprimen el corazón, ese corazón que debe mantener «frío y firme en toda circunstancia», como decía la *madre* mientras apoyaba la palma de su mano sobre el pecho de su *hijo*. Lo dejó partir solo, curar solo, tomar la decisión solo y, sobre todo, ver a un solo niño. Llegó a pie, caminó todo el día sin cruzarse con una sola alma viva, se encontró con el sacerdote, con esa gente dura y melancólica. Duerme en la cama que su *madre* solía ocupar en esos pueblos-tumba que él solo conoce por viajes interminables y paradas rápidas. Ella no vendrá; él no volverá a verla.

—¡Qué pasa! ¿Sigues dormido? ¡Ven!

El niño aparece. El *hijo* siente el impulso de abalanzarse sobre él, romperle el cuello y lanzar su cuerpo contra la pared hasta que caiga hecho pedazos, pero su corazón sigue latiendo muy fuerte, le cuesta controlar sus movimientos. El niño no percibe su agitación. Le hace señas para que lo siga, lo guía entre las casas. Momentos después, se detiene ante una casa más larga y más baja que las demás.

—Es aquí.

El *hijo* suspira: la puerta está abierta de par en par. Adentro, la oscuridad es absoluta.

—¿Quién vive aquí?

—Mi abuela, mi tía y yo. Si sigues todo derecho, vas a encontrar una escalera y arriba está la habitación.

El *hijo* entra. El olor de la casa le recuerda al de las fábricas de madera. Hay arañas colgando sobre su cabeza, sabe que colonizaron todo y que la gente de ahí está acostumbrada. Avanza como le indicó el niño. A cada lado del pasillo hay puertas cerradas que crujen bajo el peso del viento. El *hijo* voltea, el niño está parado bajo el marco de la puerta, esperando a que

encuentre su camino. Una vez más, el niño extiende la mano para señalarle la dirección. El *hijo* sigue adelante. Pasa cerca de una puerta que está clausurada, la cerradura está llena de pegamento y cera. Roza el marco de la puerta con la punta de sus dedos y, de repente, en su oído, resuenan unos gritos. Se ve obligado a detenerse al pie de la escalera y se toma la cabeza entre las manos, pues los alaridos parecen perforarle el cráneo. Solo él los escucha, pero no paran. Alguien grita, una y otra vez, como un animal aprisionado en una trampa de hierro. Sabe que debe salir de ahí, dar media vuelta, confrontar al niño, pero, antes de que pueda girarse, el chico lo empuja hacia las escaleras.

—¡Sube! Está allá arriba.

El *hijo* quiere gritar también, pero, cuando el niño se acerca, los alaridos se detienen. Su enojo poco a poco se apacigua: el silencio vuelve a la casa.

La escalera conduce a un primer piso estrecho, compuesto por dos habitaciones y un baño. Se escucha cómo gotea la llave del lavabo en la oscuridad.

El niño se deslizó para pasar al *hijo* y sube de cuatro en cuatro los escalones hasta la habitación. Un rayo de luz se filtra por debajo de la puerta. El *hijo* piensa en su propia infancia, cuando las pesadillas perturbaban su sueño y despertaba aterrorizado, buscando con la mirada la lámpara de su *madre*. Siempre la encontraba.

El niño empuja la puerta de madera con suavidad, como si tratara de no despertar a la casa misma. La luz inunda el pasillo: la habitación, minúscula, parece una tumba cálida.

Unas paredes, cubiertas por un papel tapiz rosa empolvado, enmarcan una cama con una cabecera de madera oscura, sumida bajo un cúmulo de almohadas cafés. La noche se cuela por la ventana. Una lámpara de pie, alta y metálica, ilumina un rostro arado por la vejez.

El *hijo* se acerca: la piel es oscura, excepto por algunas zonas más claras alrededor de los ojos y la boca. Las arrugas suben desde el cuello hasta el pelo. Por lo general, en los moribundos, el trayecto del tiempo va en sentido contrario: de la frente al pecho, y todo el rostro se desploma hacia abajo, pero, en este caso, el mapa parece ir en sentido inverso. Esta persona juega con las horas y los días, empuja la agonía, se resiste a la edad como una presa frente a la fuerza torrencial de un río. En medio de ese rostro que la sombra intenta arrebatarle a la mortecina luz de la lámpara, dos párpados abultados devoran la piel, se extienden entre las orejas como si fueran bañistas. La boca ya se abandonó a la muerte, pues los labios, casi secos, se aferran al último soplo de vida que les queda.

El *hijo* permanece junto a su rostro durante largo rato. Una silla desvencijada amuebla la habitación. No hay armario ni cómoda, tampoco adornos. Solo la cama, la silla, la lámpara. Aquí hay espacio para los moribundos.

—Te dejo —susurra el niño mientras retrocede.

El *hijo* apenas está por voltear hacia él, pero el niño ya se fue. La puerta se cierra sin hacer ruido.

Piensa en su *madre*. En lo que sintió en aquel laberinto de callejones. Quiere salir de ahí, volver sobre sus pasos, huir del Fondo del Pozo. Con un poco de suerte y mucho esfuerzo, podría alcanzarla antes del mediodía. Sí, su cuerpo lo llevaría hasta ella. Las cosas no pueden terminar así. Es imposible. Su *madre* lo empujó muy lejos, y él la ama demasiado como para no intentar, por lo menos, verla una vez más antes del final.

—Te pareces a ella —murmura una voz profunda y grave, proveniente de unos labios desgastados por la edad y el dolor.

El *hijo* se sobresalta. Los ojos se abren y un verde intenso hace que la vida, insolente, irrumpa de pronto en aquella habitación sumida en las tinieblas. El *hijo* no logra distinguir el cuerpo que sostiene al rostro, pero adivina que está débil, carcomido en sus articulaciones.

—Te pareces mucho a ella —vuelve a decir la voz—. Pero tú te ves un poco más simpático.

Aquellos labios se estiran con dificultad formando una sonrisa. El *hijo* se acerca más: el cabello de la anciana, amarrado detrás de su cabeza, se mimetiza con la almohada. No hay canas grises ni una melena blanca. Es una cabellera que bien podría ser la de una mujer joven, pues la vejez no la ha deteriorado.

—Yo no debería estar aquí. Fue su nieto quien me trajo.

Su cuerpo se estremece. La anciana intenta incorporarse. Él extiende los brazos y coloca dos almohadas superpuestas bajo su nuca, las cuales forman un hueco en el que se hunde su cabeza cuando intenta moverse.

—Gracias, joven. Por eso digo que me resultas más agradable que ella. Tu *madre* no se habría molestado en venir.

—¿Ya ha venido a verla?

Los ojos de la anciana se abren de par en par.

—Oh, vaya que sí. Dos veces.

—¿Las dos veces por usted?

La anciana resopla. Sus fosas nasales, prominentes, están rodeadas de una piel más oscura.

—Una vez por mí hace unos años. Y otra vez por mi hija hace mucho más tiempo.

El *hijo* suspira y retrocede un poco. Ya no entiende nada, pero sigue ahí, delante de esta mujer que lo acoge como lo hacen los ancianos con los adultos que conocieron de niños. Aún no lo sabe, pero en esta habitación, junto a ella, se sentirá como en casa. Casi en paz. Sigue pensando en su *madre*, en el viaje de regreso, en el presbiterio que abandonará en cuanto haya terminado su visita.

—Usted no me llamó —susurra, acercando su mirada a la de ella.

De nuevo, la anciana esboza una sonrisa discreta, pero viva.

—Todo el mundo sabe que estás aquí.

—No me he cruzado con ninguna persona de este lugar, salvo el sacerdote, la familia del niño enfermo y usted.

Ella tose mientras intenta reír.

—¿Quién querría cruzarse contigo?

Aquel comentario se siente como una bofetada. La abuela tiene razón. El *hijo* inclina la cabeza y finge que va a salir de la habitación.

—¡Espera!

La voz se eleva por encima de las sábanas, pero él sabe que debe irse de ahí, aunque se sienta bien, aunque hubiera preferido dormir al pie de esa cama que en el cuarto de la iglesia. Debe irse. La anciana no era parte de sus planes; ella no lo llamó y además lo insultó. Es demasiado. Mira hacia la salida, intenta decir algo mordaz antes de irse, pero, justo cuando está por encontrar las palabras, la puerta se abre de golpe con un estruendo de ira y juventud. Una mujer, armada con un fusil, irrumpe en la habitación.

—¡Sal de aquí o te mato en este instante!

El *hijo* había visto los rebaños en las grandes llanuras, donde hombres a caballo, acompañados de perros flacos con pezuñas largas, guiaban a las bestias moribundas. Había visto las luces rosas del atardecer bailando entre sus cuernos con forma de cuenco. Calculaba cuántos pájaros había, uno al lado del otro, en aquellas coronas que les vendían a los turistas, haciéndoles creer que traerían buena suerte si las colgaban en las fachadas de sus casas. Había visto ganados de cientos de animales desplomarse en pocos días a causa de un mosquito llegado de tierras lejanas, de una sangre infectada, de un calor inusitado. Había visitado los lugares donde los cadáveres yacían sobre la arena, formando montículos de pelo y entrañas abiertas. Las moscas ya se afanaban en deshacer todo lo que alguna vez fueron bestias majestuosas; el sol ya cocía sus pieles, y los hombres, habiendo descendido de sus caballos, se rascaban la barba, maldecían en una lengua extranjera y alzaban las manos al cielo, implorando por la ayuda de dioses que el *hijo* conocía bien, y que no serviría de nada. Se había acercado a las familias de esos hombres, que estaban reunidas frente a los corrales vacíos, buscando con la mirada una razón para seguir viviendo esa vida, llena de deudas, silencios y horarios imposibles. Veía cómo las mujeres sostenían a sus niños de ojos cafés, del mismo color que el pelaje de esas vacas desparramadas sobre la arena; esos niños no conocían nada más que los ranchos y las largas llanuras interminables donde el rosa y el amarillo dominaban, todo el año, sobre el azul del cielo y el verde de los pequeños árboles.

Había descubierto que la gente también llamaba a su *madre* por los animales, y ella acudía. En todas partes, niños, mujeres, hombres, ancianos la esperaban con paciencia; ella se desplazaba para revisar las patas de un caballo de tiro, los ojos desorbitados de un becerro, las costras infectadas de los perros de caza. Caminaba dos días enteros por una yegua preñada, por un pájaro que cayó de su nido, por un gato de cinco patas. Cuando el *hijo* la

acompañaba, él se concentraba en los otros animales: las gallinas solían agruparse alrededor de su *madre* cuando entraba al gallinero, las vacas se le acercaban con timidez, pero, al cabo de una hora, terminaban golpeando su hocico contra los anchos hombros de la *madre*, quien las ignoraba. En los zoológicos, que él tanto odiaba por las rejas y los niños que se lanzaban contra ellas, el *hijo* sabía que, cuando su *madre* posara las manos sobre el vientre de un tigre o sobre la cornamenta de un rinoceronte, aunque las chozas los protegían de las miradas de fuera, al salir los otros animales los estarían esperando frente a sus rejas, al acecho. Él lo sabía. Los monos se columpiarían en las ramas más cercanas; las panteras, demasiado salvajes, se deslizarían hacia los vidrios; los cocodrilos se quedarían un poco más de tiempo en la orilla del río. Los turistas estarían encantados de ver a todos los animales reunidos, casi al alcance de su mano. No entenderían por qué se comportaban así; se sentirían satisfechos con lo que pagaron, pues normalmente los lémures están escondidos, los guepardos no salen más que una hora al día y los monos se mueven demasiado rápido como para poder tomarles una foto. Pero ese día, qué inmovilidad la de los animales en el mundo de los hombres. Esperaban, patas, pezuñas, garras, colmillos y labios; esperaban, pelaje, pieles, plumas y picos. La *madre* ponía sus manos ahí donde los veterinarios se negaban a poner las suyas. Ella no pedía que durmieran a las bestias porque las bestias confiaban en ella. Las primeras veces, el *hijo* se había sorprendido: a diferencia de los hombres, los animales no temían la presencia de su *madre*. Los animales eran curiosos, atentos, a veces tiernos; jamás gruñían, aullaban o siseaban; nunca rugían, saltaban o mordían.

Al *hijo* le habría gustado que llamaran a su *madre* únicamente por esas almas. Los animales sabían lo que le debían.

Los ojos de la mujer del fusil resplandecen. El *hijo* tiene frente a sí la ira, una ira verdadera, viva y feroz, imponente y majestuosa. El muchacho se ahoga en esas dos fosas verdes como plumas, verdes como de hoja y de tormenta, que brillan por encima del cañón. Una maraña de cabello castaño, más claro que el de la anciana y también más espeso, enmarca la mirada de la mujer; mechones secos y enredados se retuercen sobre sí mismos de tal modo que uno podría perder la mano en ellos como en una zarza. La joven trae puesta una chaqueta rosa de lana, es del mismo color que las paredes y las cobijas. La luz cálida de la lámpara proyecta en su rostro sombras caprichosas y acrecientan la furia en sus ojos, los vuelve más profundos. El *hijo* se olvida de la vieja en la cama y del niño en el pasillo, suspende en esa mirada el sentido de su misión. Nadie nunca había visto a su *madre* de esa forma, nadie se había atrevido a apuntarle con un arma; no sabe qué responder, qué decir, qué hacer; debería reaccionar, pero sus miembros están congelados, sometidos. Los ojos de esta mujer y los del cañón se agrandan. No existe nada más a su alrededor. Está atrapado.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Sal ahora mismo!

La mujer grita. Sus palabras rebotan contra las paredes. El pueblo entero debió haberla escuchado; pronto los vecinos vendrán a golpear las ventanas. A ella no le importa. Sus ojos tempestuosos se clavan en el *hijo*, y él permanece inmóvil. La joven es capaz de apretar el gatillo, nada más le importa. Él quiere salir, dejar esa habitación, esa casa, ese pueblo y esas colinas; quiere salir de ese agujero en el que su *madre* lo arrojó, creyendo que estaba listo. Pero nada ha salido como debería; el desastre de su primera vez hizo reaparecer al niño que era. Un pensamiento sordo lo lleva a alargar este momento, a tratar de comprender cómo esa mujer se atreve a apuntarle con un arma, amenazarlo y darle órdenes. Su *madre* siempre le dijo que los hombres y las mujeres le tendrían miedo, que se apartarían de su camino,

que no tenía nada que temer en este mundo, sino que los demás serían los que le temerían a él. No le habló de las resistencias, las barricadas y las tormentas, de las negativas, las pasiones y las huidas. No, él debe descubrirlo solo. Y en esta noche sin tiempo, un volcán humea, un gesto suyo podría desencadenar la locura. El *hijo* contiene la respiración. Su cuerpo inmóvil y alerta busca una salida.

—Usted se interpone en mi camino —murmura él.

El cañón del fusil tiembla. El dedo en el gatillo se desplaza medio centímetro, pero ese movimiento es suficiente para que el *hijo* entienda que está a salvo.

—¡Lárgate! —ruge ella.

Aquella voz le suena conocida. ¿De dónde? ¿De una visita a otro lugar? ¿De otra casa? ¿De un sueño o una pesadilla? El *hijo* hurga en sus recuerdos. Ya la ha escuchado antes. Esa voz no la está confundiendo. Es la misma voz, violenta, cargada de terror y valentía. ¿Por qué se ha encontrado una voz casi familiar en esa casa desconocida?

—Le repito que usted se interpone en mi camino —dice él—. No puedo salir.

El *hijo* levanta la mano hacia ella. Los ojos verdes dejan, por un instante, la figura del *hijo* y recorren rápidamente la habitación. Pero ella no se mueve.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? ¡Nadie te llamó, ni a ti ni a tu *madre*! ¡Así que lárgate!

Él sigue tratando de recordar de dónde conoce esa voz. Ella sigue furiosa, aunque, entre más tiempo pasa cerca del *hijo*, más se acostumbra a su presencia. Con ese temblor casi imperceptible del fusil, el *hijo* siente que la fuerza de esa mujer se transforma, que ella quiere saber más, y él también quiere.

—Tiene razón, nadie me llamó. Un niño de su casa fue a buscarme.

La joven parpadea. El verde de sus ojos de pronto es menos denso, aunque sigue siendo puro. *Vivo*, piensa el *hijo,* sin apartar la mirada de ella.

—No te creo. ¿Cómo iba a saber mi sobrino que estabas aquí? ¿Cómo sabría lo que haces?

—¿Su sobrino? ¿Se refiere al niño de ojos verdes iguales a los suyos y a los de su madre? —responde el *hijo*, señalando con un gesto de cabeza la cama que está detrás de él—. Llegó adonde yo estaba, ya entrada la noche, y tocó con fuerza mi puerta.

Las palabras salen de su garganta como el agua de un molino.

—Dijo que mi *madre* ya había venido antes. Él la conoce, y usted también, por lo visto. Imagino que las cosas no salieron muy bien la última vez que ella entró en esta casa, y por eso quiere mi pellejo. Aunque no se ha movido. Si quiere que me vaya, solo déjeme pasar.

Frente a él, los ojos de la mujer se abren de par en par. El cañón del fusil se eleva hasta su frente. El *hijo* ya no tiembla.

—Hablas demasiado.

Antes de que naciera el *hijo*, la *madre* había conocido poblaciones devastadas por nuevas enfermedades. Se había sentado junto a jóvenes encogidos en los rincones más sucios de la ciudad. Su piel se les desprendía del cuerpo como la cáscara de una fruta madura; los hacinaban para que murieran bajo la sombra, pero la sombra había devorado las calles y ya no había donde esconderse.

Mucho antes de que naciera el *hijo*, ella había viajado hasta los confines del mundo. En medio de selvas y desiertos se había alimentado en compañía de grupos de familias reunidas en círculo; con sus dedos, junto con las mujeres y los niños de los grupos, amasaba hojas secas, plantas con nombres demoniacos; masticaba frutos letales y luego aplicaba esas pomadas en los cuellos, brazos y piernas consumidos por la fiebre. Se había aprendido el nombre de cada estrella mientras esperaba el amanecer en medio de las dunas; se acurrucaba en chozas, se estiraba en hamacas, a veces dormía rodeada de tres o cuatro personas, cada una envuelta en pieles bajo la bóveda de los iglús.

Antes de que naciera el *hijo*, había cabalgado al lado de caballeros armados, cubiertos de hierro y oro, agobiados por el peso de los uniformes y las misiones. Diezmaban el país: abrían heridas en los campos, decapitaban a los recién nacidos, reventaban el vientre de las jóvenes. Siempre la llamaban en cuanto dejaban sus castillos y fortalezas; la querían cerca de ellos, su presencia los tranquilizaba; se sentían envalentonados, acompañados por esa mujer a quien todos reconocían en cuanto entraba a un pueblo, en cuanto tocaba la puerta de una choza, en cuanto penetraba en las guaridas sórdidas de los burdeles. Con ella no había nada que temer, pensaban mientras reían, gloriosos, besando a mujeres que aún eran niñas en las partes traseras de las fincas. Ella observaba a esos hombres armados; no pasaría mucho tiempo para que construyeran hogueras donde luego inmolarían a mujeres que se le

parecían; no pasaría mucho tiempo para que ellos también tuvieran miedo, porque uno de sus compañeros caería del caballo o porque el caballo enloquecería, perdería la vista, sus patas se romperían en plena carrera, y los hombres, aterrados, volverían la mirada hacia ella.

Antes de que naciera el *hijo*, había acompañado a políticos: se subía con ellos a la parte trasera de sus coches, se sumergía entre las multitudes, les susurraba a la oreja las palabras adecuadas cuando los escándalos ocupaban los titulares. Había estado al lado de estrellas de rock, actores de cine, grandes cantantes y actrices que terminaban sus vidas en el escenario o en el silencio inmundo de las habitaciones de un hospital, abandonadas por los fans, pero llenas de ramos de flores. Durante algunos años, había caminado junto a un príncipe que había incendiado su propia ciudad. Ella estuvo ahí, en medio de las llamas, a su alrededor la gente gritaba y los guardias del príncipe corrían, degollando a los más lentos, persiguiendo a los más rápidos. Ella miraba cómo la ciudad caía, levantaba a los ancianos en los callejones, cargaba a los niños en sus brazos, pero su cuerpo no fue suficiente y la ciudad desapareció lentamente, entre cenizas y humo.

Antes de que naciera el *hijo*, la habían enviado con un hombre poderoso, un rey discreto, propietario de un castillo extraño ubicado en medio de un valle donde nacía una fuente de agua que abastecía a todo el país. Este hombre tenía una hija que había nacido con el rostro deforme, los labios hinchados y la frente abombada; tenía la espalda encorvada a causa de una horrible joroba, y sus pies parecían ser el doble de largos de lo normal. La princesa de terrible apariencia permanecía recluida en el castillo. Para que pudiera vivir como los demás, su padre había contratado, desde que era pequeña, a sirvientes deformes. Mandó llamar a los mejores artesanos del reino para esculpir en piedra estatuas monstruosas. El rey dedicaba su vida a hacer agradable la vida de su hija: la princesa nunca salía del castillo, jamás supo que los hombres y las mujeres de este mundo tenían, en su mayoría, la espalda plana, dos ojos sobre la nariz, una frente armoniosa y los pies hermosos. Sus sirvientes eran enanos, tullidos, ciegos; las estatuas estaban jorobadas, y los niños tenían doce o seis dedos. Con el tiempo, el palacio en sí mismo era como una extraña protuberancia en medio del valle y, cuando llamaron a la *madre* para ver a la hija, al entrar en este laberinto monstruoso,

el amor del padre la conmovió. El padre vivió más tiempo que su hija. La princesa vivió sin saber jamás lo terriblemente injusto que era el mundo. Murió a los ochenta años, mientras que su padre alcanzó a celebrar su cumpleaños número ciento quince antes de fallecer. La *madre* asistió a los funerales de ambos; al de la hija, solo se invitó a los sirvientes; en el del padre, no estaba más que ella. Hacía tiempo que el reino había abandonado a su soberano.

Antes de que naciera el *hijo*, había conocido a una familia en el Fondo del Pozo.

Las campanas de la iglesia resuenan en este pequeño pueblo iluminado solo por la luz de tres ventanas: una en el primer piso de una casa antigua, otra en la planta baja del presbiterio y la tercera en la habitación de un niño enfermo y febril, a quien el *hijo* salvará una vez que amanezca. Este niño va a vivir, eso le dijo al sacerdote, y el sacerdote le cree. Cuando venía, su *madre* no hablaba, solo se dignaba a mirar al sacerdote, en los fríos pasillos de la iglesia abandonada, y se contentaba con decir dos frases: «Va a vivir» o «No va a vivir». El sacerdote asentía. Ella nunca se equivocaba. Su *hijo* ahora ocupa su lugar y, aunque en su rostro todavía se perciben emociones humanas, sinceras e ingenuas, sus palabras ya empiezan a desvanecerse, la voz de la *madre*, desde la lejanía, ya comenzó a perseguirlo. El niño sanaría; la misión del *hijo* terminaría por la mañana. El sacerdote se había acostado tranquilo confiando en ello.

En la habitación del primer piso, el *hijo* habla. La tía de ojos verdes lo tiene en la mira. La mujer no se mueve, no va a disparar. Ya es demasiado tarde; en esos casos, si se va a disparar debe hacerse rápido, no cuando, a cada lado del cañón, las almas se hablan. Después de eso ya no es posible. Aun así, el arma traza entre ellos una línea fría y sólida que les impide tocarse y los obliga a mirarse de frente. Desde el fondo de los dos agujeros negros de aquel cañón que le apunta, le llegan pensamientos al *hijo*: debería callarlos, pero no puede, crecen dentro de él y salen por su boca. La joven le repite que habla demasiado, que no quiere escucharlo, pero él sigue hablando, aunque lo tiene prohibido. Su *madre* se dedicó cada día a enseñarle sobre ese trabajo. Así, el *hijo* pasó años enteros a su lado, en hospitales, pantanos, fincas, pistas de baile. Pasó horas de pie junto a camas de hierro, bajo bolsas de suero, a la sombra de árboles torcidos. El *hijo* no conoce otra cosa y, sin embargo, desobedece. No le teme a la mujer que le apunta con el fusil; lo que le causa temor es descubrir lo que su madre hizo

ahí, antes de su nacimiento.

De la cama emerge un suspiro; los dos adversarios giran la cabeza al mismo tiempo. La anciana cerró los ojos. De cada lado de su boca, el cansancio le estira la piel, abre unos profundos paréntesis como aquellos que suelen enmarcar las sonrisas. Su rostro está a punto de fundirse: desde hace semanas ya no distingue entre el agotamiento y el dolor. Su memoria, en cambio, sigue intacta. La tragedia está en saberlo todo, en darse cuenta de que el tiempo deshace el cuerpo y que el cuerpo deshecho es una barricada agujereada por la que se cuelan los recuerdos.

—El fusil no está cargado —murmura la anciana.

—Lo sé —responde él.

El *hijo* se gira despacio, y los ojos verdes, aterrados, buscan una salida. Los agujeros negros están vacíos, la línea trazada por el arma comienza a temblar de nuevo y el *hijo* espera, erguido.

La joven se encuentra sola detrás de ese fusil inservible, mientras que su madre y el visitante le hacen frente: ambos sabían que ella no podía hacer nada y esperaron, la dejaron humillarse por un momento antes de romper el silencio. Tal vez deba retroceder, cerrar la puerta con llave, tomar a su sobrino de la mano y salir de la casa mientras el *hijo* está ahí y, junto con la vieja, se encarga de sus asuntos de personas enfermas. Mantiene el fusil apuntando hacia él, pero el cañón se desvía ligeramente hacia la cara de su madre antes de volver al rostro tranquilo y sereno del *hijo*, quien se mantiene inmóvil.

—Baje su arma. Sabe que aquí no sirve de nada. Aunque estuviera cargada.

La mujer arroja el fusil al suelo; la vieja se sobresalta como puede en su cama. Todo parece estar suspendido en los labios de esta joven.

—Quiero que te vayas y que le digas a tu *madre* y al sacerdote que le prenderé fuego al pueblo si sigues aquí mañana. Tu familia ya causó demasiado daño en esta casa.

El verde de sus ojos se torna gris y, en el borde de sus párpados, se asoman unas lágrimas a punto de romperse. Su sollozo no se parece en nada a lo que

él ha conocido: a menudo, cuando la gente llora, las lágrimas caen en torrentes, sus rostros se vuelven tierras inundadas y en los párpados quedan las huellas de esas tormentas. Esta vez, las lágrimas se detienen y quedan suspendidas en su mirada, cargadas a la vez de una fatiga de vivir y de un alivio intenso. El *hijo* asiente con la cabeza; la mujer del fusil da media vuelta y desaparece por el pasillo. Durante un largo rato, se oye cómo cruje la casa, cómo se estiran los muebles y las arañas retoman su alboroto en el techo. Luego, otra vez nada. Silencio.

—Muchacho, creo que no tendremos otro momento —dice la anciana, acomodándose bajo sus sábanas—. Haz lo que tengas que hacer. Y no le guardes rencor, ella ya ha sufrido suficiente.

La vieja se persigna, confundiendo la izquierda con la derecha, y acomoda los brazos a lo largo del cuerpo; una oración apenas perceptible llega a los oídos del *hijo*, pero él ya tomó su decisión. La vieja tiene razón, él ya no volverá a esta casa. Con cautela, se acerca al borde de la cama, tal como lo hacía su *madre* antes de que a ella misma la devorara la vejez. Se inclina para rozar el rostro de la abuela; sabe que lo que está a punto de hacer es lo mejor, pero en el momento en el que va a empezar a hablar el lenguaje de las cosas ocultas, una voz que reconoce sube desde la planta baja:

—Sé que estás aquí y te aconsejo que bajes.

La *madre* llevaba en las muñecas brazaletes de plumas secas, sujetas por una cuerda fina. En aquella época, su cuerpo era menos pesado, su corazón estaba menos marchito y recorría largas distancias con rapidez. La llamaban y, sin importar de dónde viniera el llamado, la *madre* estaba ahí el mismo día, casi como un milagro, y, cuando le preguntaban «¿cómo es posible?», ella solo se encogía de hombros, cerraba los ojos y agradecía a sus piernas. Ella no manejaba y, sin embargo, se le veía bajar de un coche; no fumaba, pero olía a tabaco; no bebía, pero por las mañanas tenía las mejillas coloreadas por ese rosa que delata una noche de copas. La *madre* nunca se quedaba sin aliento, ni siquiera cuando la apuraban para atender un caso desesperado. Si la llamaban, era porque el paciente ya no respondía a los tratamientos convencionales. ¿Cómo era que los sacerdotes y doctores conocían su nombre? La *madre* era el secreto mejor guardado de los hombres: la gente sabía quién era, podía sentir su presencia antes de que entrara en una casa o, incluso, reconocer su silueta a la orilla de caminos desprovistos de vida. Pero no había alguna dirección, un número, un buzón, nada. Ella guardaba su apellido para sí misma y se mudaba de choza en cuanto los curiosos comenzaban a juntarse en su puerta. En casos extremos, la *madre* se metamorfoseaba: estiraba sus miembros, hundía o hinchaba su piel, se cubría de tierra o de sangre fresca; el color de sus ojos cambiaba con las estaciones, el de su cabello tomaba matices desconocidos y hermosos; a veces se revestía de una belleza apabullante, otras veces era tan horrible que se perdía de vista. En este mundo, pocos hombres y mujeres podían llamarla; pero siempre tenía trabajo.

La *madre* llegó al Fondo del Pozo una hermosa tarde de primavera. Los pastores avanzaban sobre la orilla del camino detrás de sus pequeños rebaños custodiados por perros flacos y con la cola caída. Las estrellas iban

apareciendo por encima de las colinas. Había llovido durante días y, en medio de la pradera, se habían formado charcos que se teñían de un color rosado; las moscas zumbaban sobre las lanas. Pero ya desde aquellos años de juventud nadie la saludaba. Los pastores bajaban la cabeza al verla pasar, los animales se sobresaltaban y se hacían a un lado del camino, la noche caía más rápido, y ella se apresuraba a borrar sus huellas, a abandonar el camino para encontrar, por fin, un alma que la aceptara.

El sacerdote la esperaba en la última curva. Era su primera parroquia y se le notaba en el rostro: tenía dos hoyuelos en las mejillas como signo ostentoso de una alegría tonta. Su hábito, más amplio de lo necesario, caía sobre un cuerpo que las caminatas y la meditación habían vuelto atlético. En ese momento, tenía el rostro de un hombre que cree en Dios, pero no reza. Cuando la *madre* se detuvo, se acercó a ella sin miedo, extendiendo los brazos para abrazarla, como si acabara de encontrarse a una vieja amiga. Ella se dejó abrazar, atónita por aquel gesto, pues nadie la tocaba nunca y, cuando rozaba con la yema de los dedos el cuerpo de un hombre vivo, era para escuchar el lenguaje de las cosas ocultas.

—Sabe quién soy.

El sacerdote sonrió.

—Usted es a quien llamé y llegó muy rápido. Sígame.

Caminaron en silencio, uno al lado del otro. Desde lejos, parecían dos amigos o un hermano y una hermana que se ocupaban de sus asuntos cotidianos. Sus siluetas avanzaban rápido; el sacerdote iba un poco adelantado, pues tomó el camino más corto hacia el puente. Se cruzaron con dos niños que volvían tarde de la escuela, con un anciano que empujaba una mula tan vieja como él y con unas mujeres que regresaban de la iglesia vestidas con sencillez. Pasaron silenciosas frente a la *madre*, hasta que ella las saludó. Las mujeres respondieron de manera discreta, lo cual sorprendió a la forastera. Aquí le temían menos que en otros lugares.

—Debo decirle algo: todo el pueblo está al tanto de su llegada. Terminaremos rápido. Se trata de una familia que vive en las casas más humildes.

—Lo sé —susurró ella—. Lléveme con esas mujeres.

El sacerdote se detuvo en medio del puente.

—¿Esas mujeres?

—Es una familia donde ya solo quedan mujeres, ¿no? —respondió ella, casi molesta.

El sacerdote negó con la cabeza.

—No es tan simple.

Luego, el sacerdote retomó su camino con la *madre* pisándole los talones.

Una a una, las estrellas comenzaron a apagarse sobre sus cabezas.

La abuela mantiene los ojos cerrados. No ha escuchado al hombre que llama al *hijo*, al pie de la escalera. Una rabia sin igual atraviesa el corazón del joven. Respira hondo, nadie debe perturbarlo, nadie debe impedirle hacer su trabajo porque ese trabajo le da al mundo su equilibrio, su fuerza y su fragilidad. Ese trabajo —su *madre* dice que es un oficio como cualquier otro y que no existe una mejor palabra para definir eso que hacen— permite que las familias resistan los temblores del tiempo y de la tierra; inspira a los novelistas, los pastores y las brujas; desentierra viejas historias y sepulta aquellas que aún necesitan madurar. Pero si alguien interrumpe el proceso, si una voz acalla la voz de las cosas ocultas, entonces el *hijo* siente cómo se sacude otro mundo, uno más violento, más oscuro, un lugar en el que habitan los horrores.

El *hijo* espera a que la vieja abra los ojos, pero eso no ocurre. La escalera cruje. No debe ser visto y menos ahí, con sus manos sobre ese cuerpo cansado, con su boca tan cerca de aquellos oídos que ya solo escuchan murmullos. En su corazón, la rabia se desvanece: recuerda las enseñanzas de su *madre*. Cambiar de rostro, responder y regresar al trabajo cuando el resto del mundo esté acostado y sumido en sueños idiotas. Las personas comunes no deben ver cómo trabajan él y su *madre*, no deben presenciar esto.

—No deberías estar aquí. No te hice venir al Fondo del Pozo por ella.

Por debajo de la mirada molesta del sacerdote, unas pesadas sombras violáceas oscurecen su rostro. El *hijo* asiente y la rabia se desvanece tan rápido como vino: el cura tiene razón, su *madre* tiene razón; nunca debió venir aquí ni quedarse tanto tiempo. Baja las escaleras, donde ya lo espera el cura como si fuera una maestra. El *hijo* le sigue el paso, en el piso superior ya no se escucha ningún ruido, el niño y su tía han desaparecido. Se dirigen a la salida con prisa. El sacerdote conoce el camino, pero al pasar junto a la puerta de la cerradura bloqueada, el *hijo* es lanzado contra el piso.

Unos gritos atraviesan su cuerpo como si fueran navajas; se retuerce, golpea su cabeza para intentar expulsarlos, pero sus pobres manos son inútiles. Son los mismos alaridos que escuchó antes, aunque esta vez son peores: lo atacan, lo someten. Intenta levantarse, trata de alcanzar la manija de la puerta, pero, en cuanto se mueve, los gritos retumban en su cabeza tan fuerte que lo hacen perder el equilibrio. El *hijo* cree que está pidiendo ayuda, pero ningún sonido sale de su boca. El sacerdote sigue avanzando delante de él, no lo ha visto caer, ni siquiera se imagina que eso pudiera ocurrir.

De pronto, el *hijo* para de moverse y se deja invadir: los gritos se vuelven aún más aterradores, nunca antes había escuchado algo parecido, un dolor tan profundo. Asustado, busca en su alma a qué corazón le pertenecen aquellos lamentos; escarba en su interior, retoma sus recuerdos, examina el futuro y, mientras el ruido ensordecedor continúa martillándole el cuerpo, cree percibir, en lo más profundo de la noche, una pista, un rastro que lo lleva, en medio de todo ese sufrimiento donde cada palabra muere en el ruido y la furia, hacia un rostro que apenas logra distinguir. El *hijo* yace encogido frente a esa puerta clausurada, pero el lenguaje de las cosas ocultas encuentra por fin el camino hacia él: ya lo sabe, ya conoce a la persona que grita dentro de su cabeza. Contiene la respiración, contrae el estómago, se entrega por completo al dolor de los hombres y los contornos difusos se van haciendo más definidos. Sabe que está a punto de descubrir la verdad y prefiere no moverse, permanecer postrado en el tapete de la entrada, como un animal golpeado. Debe renunciar a su condición humana y asumir la de las bestias que parecen torpes, pero que saben escuchar tras las puertas y olfatear las cerraduras. Espera, herido, a que el milagro ocurra.

Es ella.

Momentos antes, cuando la noche borraba la silueta de las colinas bajas, el *hijo* escuchó la voz al llegar a esta casa, sin comprender de dónde provenía. Pasó frente a la puerta clausurada y los gritos irrumpieron en su oído como una horda. Todo lo que ocurrió en esa habitación se estampó contra su corazón y, en ese torrente, no entendió de qué cuerpo, de qué alma surgía aquella voz. Ahora lo sabe. O al menos, cree conocer la respuesta.

La joven del fusil.

El sacerdote se inclina sobre el *hijo.* Toma sus hombros con las manos, los aprieta y luego recorre su espalda hasta la nuca para calentar a ese joven —«este niño», piensa al verlo— cuyo cuerpo entero tiembla frente a esa puerta cerrada. El cura, consumido por la preocupación, reza en silencio: cuando un adulto sufre, llaman a la *madre* o, ahora, a su *hijo*. Pero cuando la *madre* o su *hijo* sufren, solo queda encomendarse a Dios.

—¿Qué te pasa? ¡Respóndeme! ¡Respóndeme!

El alma del joven está devastada por un pasado que apenas logra comprender: cuando acercó su cara y sus manos al rostro de la abuela, en el cuarto de arriba, ningún drama sacudió, por última vez, el cuerpo cansado de esta mujer de ojos verdes como la selva. El *hijo* solo percibió una dulzura difusa, un largo canto de amor y ternura hacia esta casa y hacia quienes la habitan. Parece que, en aquella morada, la anciana nunca levantó la mano contra su hija o su nieto, y que acompañó a su esposo hasta el final. Cuando acercó su rostro al de ella, le sorprendió no percibir a su alrededor el olor que suele rodear a los moribundos. De hecho, en toda la casa, un aroma a lavanda se desliza por las paredes, flota sobre el parqué, asciende desde las alfombras y las moquetas. La anciana aún no se ha ido y no desea hacerlo: nada en este lugar exige su partida. Sin embargo, esa habitación de la planta baja es una herida infectada que rezuma dolor y violencia. Las fuerzas del pasado están reunidas ahí, castigadas, encerradas, arrojadas al fondo de un armario, pero, a pesar de esto, tienen unas voces imposibles de silenciar. En este lugar, se ha intentado sofocar los lamentos, aplacar los temblores, domesticar la pena. Todo eso invade al *hijo* de repente; no está preparado para un estallido de tal magnitud.

Cuando el joven siente el calor de las manos del sacerdote estrechando sus hombros, la tormenta se desplaza y sus ojos se abren de golpe, aterrorizados. Observa la puerta, convencido de que un demonio se oculta al otro lado,

pero todo permanece inmóvil. Luego gira la cabeza: se encuentra con los ojos del sacerdote. La sotana acaricia su rostro; el calor de un hombre vivo lo envuelve y calma la tempestad. Los gritos parecen cada vez más lejanos: todavía los escucha y aún lo desgarran, pero es como si hubieran puesto un tapón sobre ellos. La voz del cura los ahoga. El *hijo* se pone de pie, aferrado al brazo de su acompañante. Extiende de nuevo su cuerpo joven, martirizado por recuerdos que no le pertenecen.

—¿Qué te pasó? ¿Cómo te sientes?

—Como alguien que intenta entender lo que sucedió aquí —responde el *hijo*, volviendo la mirada hacia la puerta.

Observa la cerradura.

—¿Por qué clausuraron esta habitación?

El sacerdote le da unos ligeros golpecillos en el dorso de la mano, su palma es cálida y seca.

—Deberíamos irnos de aquí —dice mientras lo guía con calma hacia la salida—. No has dormido y pronto amanecerá. Te has retrasado con tu trabajo, y yo tengo una iglesia que abrir.

El *hijo* no se mueve, se queda ahí, impasible, como una espiga de trigo en un paragüero.

—Usted estaba aquí —murmura con los ojos clavados en la cerradura—. Usted estaba aquí cuando comenzaron los gritos.

La *madre* se trasladaba solo a donde los médicos ya no iban. Una que otra vez llegó a ir a la ciudad, pero los especialistas la echaban. No tenía cabida en los grandes hospitales. Los pasillos se parecían unos a otros, la *madre* se perdía entre ellos y nadie se tomaba la molestia de guiarla por los pisos. En la ciudad no era requerida; el lenguaje de las cosas ocultas estaba enterrado debajo de otras palabras, más metálicas, desplazadas por medicamentos, sobrecargadas por la burocracia. De pronto pasaba que la llamaban para que acudiera a un departamento sofocado entre dos edificios nuevos o al último piso de una antigua casa burguesa convertida en albergue o asilo. En esas ocasiones, la *madre* veía cómo eran las ciudades antes de convertirse en megalópolis donde las personas como ella no podían trabajar. Sus manos requerían tiempo, su alma vivía constantemente alterada por los hombres y mujeres que conocía, dormía mucho. La ciudad, por su parte, nunca dormía. Poco a poco, entre más extendía sus patas el monstruo de asfalto, menos la llamaban desde esos rumbos. Eso era un alivio para ella, pues le dejaba tiempo para explorar los rincones menos conocidos del país, internarse en las profundidades de los bosques, visitar cuevas y parajes en el campo. Ahí sí necesitaban de ella. La gente temía su presencia, las ventanas se cerraban de golpe a su paso, pero ella restablecía el equilibrio entre los animales y los hombres. El lenguaje de las cosas ocultas rugía en su oído y nada podía silenciarlo.

En las calles del Fondo del Pozo, las casas susurraban, los árboles acariciaban a otros árboles y los hombres, igual de violentos que en el resto del mundo, ejercían su poder como niños consentidos que enfrentan la realidad de un mundo salvaje. Este lugar le agradaba.

—De seguro piensa que, para poder vivir aquí, se necesita no amar la vida —susurró el sacerdote mientras se adentraba en el laberinto de callejones.

Detrás de él, la *madre* sacudió la cabeza.

—Creo que todos los lugares merecen ser habitados.

Luego añadió:

—Pero no por cualquiera.

El sacerdote sonrió. La mujer estaba a la altura de su reputación y, aunque la había llamado por un asunto grave, él se sentía bien a su lado. «Una nueva cara, en el Fondo del Pozo, nunca viene mal», pensó.

Dieron la vuelta en la esquina de la iglesia, luego pasaron junto a la antigua fábrica y tomaron un callejón tan estrecho que ni dos niños habrían podido pasar. La *madre* imaginó que algún día las casas estarían tan apretadas unas contra otras que el espacio por el que pasaba la gente se convertiría en un agujero de ratas, un atajo para las arañas; por encima de su cabeza, sentía los muros acercándose en la noche y rezaba para que nadie estuviera ahí cuando decidieran unirse para siempre. En el Fondo del Pozo, las casas parecían más vivas que sus dueños.

Se detuvieron frente a una puerta de un rosa brillante desgastado, al que el sol y la lluvia habían vuelto grisáceo. El sacerdote golpeó dos veces: alguien se movió detrás de la puerta, se escucharon unos pasos furtivos sobre el pasillo, luego el cerrojo hizo un ruido en medio de las sombras.

Una mujer de edad incierta abrió la puerta. Sus enormes ojos verdes iluminaban su rostro. Era alta, fuerte y sus manos ya estaban invadidas por manchas cafés como plantas acuáticas, pero en su rostro había un aire dulce, totalmente calmo, que conmovió a la *madre*.

Era una casa sin niños, ordenada, con paredes bien tapizadas y armarios gigantes. El pasillo que iba desde la entrada hasta la escalera olía a cera y lavanda. Un manojo de espigas amarillas y grandes ocupaba el paragüero. Tras la escalera se percibía una pequeña cocina con azulejos blancos y cajones desgastados; en el fregadero no había platos sucios que atrajeran moscas. El reloj no sonaba. El frío se colaba por el cuello y las piernas. Las luces de las lámparas de pie alargaban el pasillo: una alfombra café cubría la escalera para amortiguar el ruido de los pasos. El barandal, que habían limpiado hace no mucho, brillaba en la penumbra. No había ningún retrato

expuesto sobre los muebles, ninguna foto familiar colgada en las paredes. El suelo, en aquella época, no crujía. «Esta es una casa en la que da gusto vivir», pensó la *madre* mientras seguía al sacerdote y a su anfitriona. De pronto, los tres se detuvieron frente a una puerta cerrada. En ese instante, la *madre* sintió como si una cuerda dentro de ella se tensara; la cera del barandal, el aroma a lavanda, los muebles desempolvados desaparecieron de su memoria, y toda su atención se centró en la manija de aquella puerta. Del otro lado, había alguien esperando a que ella llegara. El sacerdote la miró de reojo, ella asintió con un ligero movimiento de cabeza y entraron. Tras ellos, la mujer que los había recibido los siguió sin pronunciar una palabra.

La habitación de la planta baja daba a la calle; podría haber sido un comedor o un dormitorio para niños, de tan amplia que parecía la estancia. Desde afuera, nadie imaginaría que una casa tan pequeña pudiera albergar una habitación tan grande. Había dos ventanas ovaladas que daban hacia un callejón desierto. Aquí también el aroma a flores impregnaba las sábanas, los espejos y los sillones. El mobiliario contrastaba con la austeridad del pasillo. Una alfombra gruesa cubría las antiguas baldosas de barro cuyo color ocre se reflejaba en las paredes. Un largo escritorio ocupaba toda una pared de la habitación; estaba repleto de libros, lápices y grandes hojas de dibujo, algunas en blanco, otras usadas. A la derecha de la puerta, dos armarios ocupaban un espacio cerca de la entrada. Podía escucharse el crujir de estos muebles rebosantes de sábanas, edredones, almohadas y colchas. A cada lado de la cama había una mesita de noche; eran tan anchas como una cómoda, de modo que llenaban el espacio del fondo. Las almohadas eran tan grandes que parecía que, si las levantabas, podían tocar el techo. En otros tiempos, habían enviado a la *madre* a palacios donde las habitaciones de los príncipes no le pedían nada a esta que se encontraba en el Fondo del Pozo.

Recargada contra las almohadas inmensas, estaba una joven —no mayor de veinte años—, con el rostro pálido por la fiebre. Tenía la cabeza girada hacia la derecha, como si su cuello no pudiera soportar el peso de los males que la aquejaban. Detrás de la *madre* y el sacerdote, la puerta se cerró: la mujer que los había recibido se abstuvo de entrar con ellos. Nadie se atrevía a presenciar lo que hacía la *madre* por temor a romper antiguos sortilegios, y ella tampoco se tomaba el tiempo de desmentir dichas teorías, prefería quedarse sola al lado de los enfermos.

Su rostro estaba débil y su cabello, todo enmarañado. Nudos castaños, gruesos como cuerdas, caían sobre sus hombros cubiertos por un trapo

empapado en sudor. Alrededor de las orejas, la transpiración manchaba la tela morada. A pesar de todo, la enferma mantenía los ojos abiertos, fijos en las claraboyas por donde se colaba la noche, negra y fresca, interminable entre las colinas bajas.

—¿Me escuchas? —preguntó la *madre* con una voz que sorprendió al sacerdote.

Algo en ella había cambiado: cuando estaba cerca de un alma frágil, la *madre* se transformaba. Sus palabras parecían menos duras y su tono de voz, más alto; su presencia era casi reconfortante. La joven asintió con debilidad, entreabrió los labios y luego suspiró. La *madre* parecía satisfecha.

Caminó hacia el sillón que estaba junto a la ventana y se sentó con cuidado para no dañar el terciopelo que lo recubría. Ahí sentada, quedaba de frente a aquella mirada perdida. Tuvo tiempo de admirar el verde intenso de los ojos de esa joven; vio cómo, cuando nació, esas dos esferas color árbol habían dejado sin aliento a sus padres. Era una casa donde se hablaba poco, pues toda la vida y su lenguaje pasaban por esas muescas en medio de ese rostro; esas muescas que brillaban como dos piedras preciosas y se apagaban solo cuando alguien intentaba traspasarlas. La *madre* reconoció en ese verde el de los ojos de la mujer del pasillo. Era así como identificaban en el pueblo a cada miembro de esta familia, de generación en generación; esa mirada imponía una carga a cada uno de ellos, pues había que estar a la altura de semejante aspecto. Incluso en la enfermedad —o en lo que la gente pobre llamaba enfermedad—, aquel verde de estanque y de bosque resplandecía, siempre vivaz, más allá de las vidas humanas y los colores ordinarios de este mundo. Entre más analizaba la *madre* el alma de esta joven, más sentía que la profundidad del río que la atravesaba se abría a su paso. La joven sacudió un poco la cabeza, intentó escapar de esa mirada que no la soltaba, pero, cada vez que volvía a abrir los ojos, la *madre* parecía estar más cerca, llena de confianza, sentada en su sillón como si siempre hubiera vivido ahí, en ese rincón de la habitación.

—Tu madre me llamó. ¿Sabes quién soy?

Ella asintió de nuevo.

—De acuerdo. Sé que sufres y también sé que no estás enferma.

Al salir de la casa, el sacerdote ayuda al *hijo*, quien camina despacio aferrado al cura. Avanza encorvado, como si aquellos gritos hubieran deformado la superficie del suelo. Su cabello claro ha perdido el brillo. La noche le parece interminable. Su acompañante lo lleva hasta el presbiterio. El sacerdote conoce de memoria aquel laberinto de callejones; sus pasos guían al *hijo* a través de esas veredas tan estrechas que le provocan alucinaciones al muchacho. En cada esquina, se le aparecen hombres con las cuencas de los ojos vacías; más adelante, ve a un niño que está escapando, pero, cuando gira la cabeza, reconoce un resto de cuerda colgando de su cuello; un poco más allá, se le manifiestan dos jóvenes con las trenzas empapadas de sangre. Escucha galopes, cascos de caballos que cruzan a toda velocidad por el puente de los ahorcados. Se le figura oír el ruido de casas derrumbándose y familias enteras ardiendo bajo las estrellas. Siente que cae al río, su cuerpo pesa demasiado. Sin el brazo firme del sacerdote, el *hijo* estaría tirado en algún lugar del Fondo del Pozo, derrotado, vencido por este pueblo y por aquellos y aquellas que deambulan con horror en sus callejones, con esa vivacidad de los días sin esperanza. Ambas familias, la del hombre de los hombros rojos y la de la mujer del fusil, lo quebraron. Su *madre*, en cambio, habría resistido, no le habría afectado tanto, pero él, inocente como un niño que se cree hombre, se tambalea. En su memoria se arremolinan siglos de metamorfosis: cuando sacude la cabeza, los pastores se convierten en caballeros, niñas pequeñas envejecen sesenta años en un segundo. Todo está fuera de control.

—Ya casi llegamos —dice el sacerdote.

La campana de la iglesia suena y el pueblo tiembla. De repente, en el alma del *hijo*, las imágenes desaparecen y el único sonido que escucha es el de esa campana, el cual estrecha su corazón y llena de aire sus pulmones. Esas cinco campanadas terminan por llenar las callejuelas y barrer de su cabeza

todo rastro de debilidad. De la única cosa de la que está seguro es que ha venido al Fondo del Pozo para atender a un niño enfermo, y ese niño vivirá. Pero para cumplir su misión, el *hijo* debe dejar de involucrarse con el pasado, con los asuntos de su *madre*, con los viejos asuntos de su *madre*. Tampoco debe gastar sus fuerzas en la habitación de una anciana que está a punto de desaparecer. Esta noche ha sido una catástrofe, pero aún tiene unas horas para corregir sus torpezas. Se apoya un poco más fuerte en el brazo del sacerdote y, con delicadeza, empieza a echar para atrás los hombros, sacudir sus manos, erguir su espalda. Aún no se siente del todo restablecido, pero su dolor se ha ido con el sonido de las campanas; estas lo engulleron.

El sacerdote empuja la puerta, el calor de la chimenea reaviva el rostro del *hijo*. Se cuelan por la ventana los primeros rayos del sol. Los dos hombres se sientan uno al lado del otro; frente a ellos, la chimenea habla su propio idioma.

—¿Qué fue lo que te pasó delante de esa puerta? —pregunta el cura sin apartar la vista de las brasas—. Parecía que estabas sufriendo terriblemente.

La fragilidad del *hijo* no es una buena señal: su *madre* y él han sido siempre quienes restablecen el equilibrio del mundo. Ellos no pueden caer.

—Ni yo mismo puedo explicarlo.

—No debiste seguir a ese niño. Tu *madre* nunca habría hecho algo así.

La vergüenza se apodera del *hijo*: siempre lo compararán con su *madre*, nunca estará a la altura de sus poderes. Él está aprendiendo, y su aprendizaje pasa por la humillación que su propia sangre le inflige. Demasiado joven, demasiado bueno, demasiado inexperto. Viene para ayudar a un niño y cae por las escaleras de una anciana.

—Yo ya sé todo eso que me está diciendo —responde molesto el *hijo*.

—Es mi deber decírtelo.

Una sonrisa, apenas perceptible, ahuyenta la vergüenza. El *hijo* olvida que el hombre con el que está hablando tiene tres veces su edad, que conoce el Fondo del Pozo tanto como las ratas conocen los lugares más nauseabundos de las ciudades, que, cada día que Dios crea, él se adentra un poco más en las almas de la gente que habita en ese pueblo, pero, sobre todo, olvida que ese hombre conoció a su *madre*, en dos ocasiones, en la misma casa.

El *hijo* se levanta y aviva las brasas calientes. El humo se siente en la habitación, un olor a piso viejo se le mete por la nariz.

—Escuché gritos en esa habitación clausurada, gritos horribles. Usted lo sabe todo sobre este pueblo y, como le dije, creo que estuvo ahí cuando se produjeron los gritos. Ha estado presente en todas las tragedias de los últimos cincuenta años. Y, aunque yo sé muchas cosas de este mundo, no sé tanto como usted sobre este pueblo. Me iré hoy mismo, ya está saliendo el sol, el niño por el que vine va a vivir. Pero antes debe decirme cómo es que pudo pasar frente a esa puerta sin que le afectara. Fue más fuerte que yo. Usted no cayó.

El sacerdote suspira a sus espaldas.

—Cuando tu *madre* fue a esa casa, hace algunos años, yo estaba con ella.

En medio de esa oscuridad, se produjeron dos destellos azules sobre el cielo del Fondo del Pozo. La *madre* había hablado: detrás de la puerta, la otra madre escuchaba. La hija yacía postrada en la cama, como si fuera una presa, con esa fiebre en la frente, con esa fiebre en el vientre que en otros lugares llevaba un nombre distinto. La *madre*, sentada cerca de la cama, vigilante y decidida, analizaba cada movimiento de las manos —que eran imperceptibles para los vivos, pero ella era más que eso y la gente la llamaba precisamente para reconocer esos gestos invisibles—, de los dedos, de las muñecas. Analizaba cada escalofrío en la curva de las orejas, cada temblor en la frente, en los párpados o en los labios; analizaba hasta el más mínimo resplandor que cruzara por los ojos. Para tomar su decisión, la *madre* solo estaba esperando a que la otra mujer, prisionera de su cama, abdicara.

La falsa enferma le lanzó una mirada cargada tanto de dolor como de ira. Esa mirada llenó la habitación y, por un momento, perturbó a la *madre*. Durante un instante pensó que se había equivocado, pero no, era imposible, ella nunca se equivocaba. Los médicos, sí; las enfermeras, también; los veterinarios, los profesores e incluso Dios mismo podían cometer errores, pero ella nunca. Así que se mantuvo firme ante esa fiebre que parecía desbordarse por aquellas sábanas tendidas a la perfección, por aquellas almohadas gigantes, por el sillón que ahora ocupaba ella. La *madre* no parpadeaba, dueña de su poder, ese inmenso poder que aterraba a hombres y mujeres, a niños y animales, a ancianos y recién nacidos. Por un instante pensó que su paciente no cedería: si eso pasaba, la casa ardería en llamas.

—No digo que sea culpa tuya ni que hayas mentido. Pero no estás enferma, ¿cierto? No de verdad.

La joven suspiró. La casa no se incendiaría. La rabia volvió a ser una sombra y la *madre* se acercó, inclinando el torso hasta quedar a la altura de su cara. Estiró el cuello como un cisne.

—No estoy enferma, pero me duele —murmuró la joven, dirigiendo la mirada hacia su vientre.

—Estás cargando una pena. Ese es el verdadero dolor.

La joven asintió, y de pronto, era como estar frente a una niña pequeña a la que le dan permiso de faltar a la escuela. La *madre* extendió su mano hacia ella: sí, era una tristeza pesada como una segunda vida, una cargada de drama, de preguntas sin respuesta, porque las respuestas serían tan duras de escuchar que uno preferiría arrancarse las orejas antes que saber de dónde viene.

La *madre* volvió a acercar su mano. La joven permaneció inmutable, parecía vacía de todo salvo de lo esencial. El aire corría por su cuerpo; la *madre* podía sentirlo. No había recibido otro castigo aparte de lo que ya había ocurrido desde varias semanas atrás.

—¿Quién te causó esta pena? —preguntó, desviando esta vez la mirada.

La joven le sujetó la muñeca.

—Usted que lo sabe todo ya lo sabe.

—Necesito escucharlo de tus labios —respondió la *madre* con dulzura, para calmar de nuevo la furia que llenaba la habitación.

La casi-enferma buscaba en el rostro impenetrable de esa mujer sin edad —de eso están hechas las leyendas— una pista de lo que pensaba.

—Él tiene los hombros rojos.

Entonces, la *madre* suspiró. El pasado de su paciente salpicó la habitación de ira, que ya estaba llena de ese dolor que los hombres, en el Fondo del Pozo, habían impuesto a las mujeres durante miles de años. La *madre* vio unos hombros rojos temblar sobre un cuerpo que temblaba aún más, aplastado por esa bestia con un sexo humano, terriblemente humano. La *madre* sacudió la cabeza para deshacerse de aquella imagen y permitir que la siguiente la invadiera. Ahora estaba en otro lado, no era la casa a la que había llegado; era otro lugar, había una mesa desgastada por las violaciones y la mala comida. El hombre gruñía, una y otra vez, con una mano cubriendo la boca de la joven y la otra inmovilizando sus muñecas; ahí estaban de nuevo los hombros rojos bañados en sudor, unas manchas de vino sobre el cuerpo y la mesa, y la pena causada por el dolor de ser arrojada ahí de esa

manera. «Ella no está enferma —pensó la *madre* al abrir los ojos—, pero los hombres como él sí lo están».

Un olor a fuego tibio recubre toda la habitación: el *hijo* está impregnado de este aroma. Su cabello es gris ahora. Su piel, envuelta por la noche, las cenizas y los brazos firmes del sacerdote, ya no es la piel de un joven. Frente a esta chimenea donde no brilla ninguna llama, el *hijo* ha envejecido. Mientras escucha al cura, su cuerpo cruje, sus miembros se estiran, su carne se endurece. Se vuelve una carne vieja, como la de su *madre*. En unos años, tendrá las mismas arrugas en la frente, las mismas líneas de cansancio alrededor de la boca y la nariz; su espalda será azotada por el viento y los cuernos del ganado; sus manos habrán trabajado, tocado, guardado, habrán dado y quitado fuerza. Esta noche, en el Fondo del Pozo, aún le queda algo de juventud. Pero es la última vez: cuando al fin sepa toda la verdad se convertirá por completo en el *hijo* adulto de su *madre*.

—Había llamado a tu *madre* para que viniera a ver a una mujer enferma —continúa el sacerdote mientras alisa con la palma de la mano la modesta tela que cubre la cama—. En ese tiempo, en aquella casa donde estuvimos esta noche, solo vivían la madre y la hija. La madre es ya una anciana, como pudiste ver. La hija ya no es la joven que tu *madre* conoció.

El *hijo* asiente con la cabeza.

—¿Y el niño? ¿Cuándo llegó ahí?

El sacerdote hace un gesto con la mano detrás de la oreja.

—El niño lleva casi cinco años al cuidado de su tía y de su abuela. El hermano lo llevó un día, diciendo que había conseguido un nuevo trabajo que estaba lejos. Nunca ha regresado.

El *hijo* se encoge de hombros. Entiende muy bien la situación, que se trata de esos niños que son traídos al mundo o, mejor dicho, lanzados como si fueran perritos o gatitos. Este tuvo suerte: su padre lo dejó con mujeres, y las mujeres se lo dejan a la noche. Cuando el niño fue a buscarlo, el *hijo* pensó que la mujer del fusil era su madre. Siente compasión por ella al imaginarla enferma. Su *madre* hizo bien su trabajo en aquel entonces; la mujer del fusil está en perfecta forma, pero llena de ira.

La habitación parece menos sombría; afuera, una frágil aurora empuja las sombras hacia el otro lado de la colina. Sobre la ladera desnuda y solitaria se extiende la lucha de esa luz pálida contra el manto azul y negro que poco a poco retrocede hasta desaparecer en el horizonte. La expresión del sacerdote se ha suavizado; la del *hijo*, por el contrario, se ha endurecido.

—Está amaneciendo, apúrese, hable ya —exclama este último, inquieto.

—Es una larga historia.

El *hijo* suspira. Intenta ver, invoca el pasado, pero, a diferencia del pasado de los hombres y las mujeres de aquí, el de su *madre* es más difícil de alcanzar. Con el resto de la gente, basta con entrar a su casa y todo se revela. La vida entre estas colinas puede leerse por todas partes: en las piedras del puente de los ahorcados, agrietadas y llenas de musgo; en las ranuras de las mesas, en las alfombras gastadas y en los suelos podridos; en las vallas deterioradas por el sol y la lluvia. Al principio, el *hijo* pensó que la misión sería fácil, creía que lo del niño en aquella habitación era una enfermedad de los pulmones, pero ahora el alba ya está por llegar a la iglesia, y él sabe que se trata de otra cosa. Lee que este lugar, encajado entre dos casi-montañas, para los hombres de aquí parece más bien el borde de un abismo: vivir aquí es estar a punto de ser lanzado al vacío con el más mínimo movimiento. El niño enfermo es como un milagro en medio de este abrevadero. Su padre, la bestia de los hombros rojos, está perdido en la suciedad, ahogado en su propia violencia; se aferra a la belleza de su hijo, pero sus manos resbalan porque su amor es destructivo. Entonces, sí, en esa otra casa donde la anciana permanece en su cama con dignidad y firmeza, donde el fusil sin cartuchos es el único escudo entre dos mundos, donde otro niño es protegido por dos mujeres fuertes, en esa otra casa hay una larga historia, el *hijo* lo sabe. Él sabe que su *madre* es parte de ella; intuye que tal vez es la protagonista; entiende que debe irse, pero necesita escuchar.

Durante el tiempo que duró la visión de la *madre*, el sacerdote esperó ahí, en un rincón, ausente, tratando de no ser más que un oído, una boca, un corazón y nada más, tal y como Dios le había enseñado. Sí, ser un corazón, inmenso y lleno de un lenguaje cercano al de la *madre*. Un lenguaje que

guarda silencio para entender mejor, que se olvida para saber mejor; un lenguaje amplificado por gestos invisibles, por leyendas sombrías y resplandecientes. Todo esto estaba ahí aprisionado en su corazón de hombre de Dios: en ese momento, habría deseado acurrucarse en su iglesia, esconderse ahí. Intuía, con solo ver las manos de la *madre*, que algo terrible estaba a punto de ocurrir; que esta mujer, en su cama y en su estado —le habían enseñado ese término, su *estado*—, luchaba con sus pobres medios para retrasar lo más posible esa cosa horrenda. Él estaba ahí; por primera vez, habría querido estar en otro lugar.

—¿El hombre de los hombros rojos sabe que estás así? —preguntó la *madre.*

El sacerdote se estremeció: la mujer le lanzó una mirada rápida que exigía silencio. La *madre* conocía la respuesta, ella conocía todas las respuestas, pero de igual forma hacía las preguntas para entender mejor a aquellos y a aquellas a quienes acompañaba. Despejaba el camino bajo sus pies, avanzaba a través de él y lo bordeaba, con su lenguaje tan cercano al del sacerdote; un lenguaje más fuerte, más duro y más cruel que el de los hombres que no saben nada de los otros mundos. El cura esperaba a que las últimas frases fueran pronunciadas: después, llegaría el horror, estaba seguro de eso; sin embargo, su papel no era impedir, sino ver. Porque sabía que ese instante, tras la partida de la *madre*, sería revisitado y reinventado cientos de veces, siempre con la misma crueldad y el mismo silencio; sería cientos de veces remendado, reparado, reconstruido, revivido, siempre con el mismo esmero en la destrucción y en el delirio egoísta. Él estaba ahí para aprender a apagar los fuegos desmedidos y furiosos que esos momentos, todos idénticos, encenderían en el corazón podrido de los hombres y en el corazón roto de las mujeres. En la esquina de una habitación demasiado grande para las cuatro personas que estaban ahí, el sacerdote tan solo era el buen alumno; ceñido en su sotana que lo protegía con su color, su alma gritaba; Dios le sostenía la mano y le susurraba al oído que en el Fondo del Pozo lo necesitarían y que pasaría ahí el resto de sus días.

La joven soltó una respuesta con la voz entrecortada. La *madre* movía sus dedos por encima de la sábana, recorriendo las rodillas, los codos, el vientre

y el pecho de la joven.

—Vas a vivir —dijo con firmeza, sin mirar a su paciente—. Vas a vivir y seguirás sintiendo pena.

El sacerdote se puso febril. Sus ojos buscaron por todas partes, por las paredes, por el techo, bajo la manija, en las rayas del sillón y en los surcos de la ventana; buscaba un agujero de ratón, un camino oculto, una forma de escapar, de no ser testigo. Lo comprendió antes que la paciente.

La joven suspiró con tranquilidad; no estaba enferma, pero viviría. El hombre de los hombros rojos había tomado su cuerpo, mas no el resto. En el futuro, la joven tendría que seguir pensando en eso, vivir esos momentos una, diez, cien veces más, en esa casa que no era suya, donde él la había tomado como quien arranca de la tierra un árbol joven cuyas ramas son frágiles. Tendría que volverse más fuerte, para derrotarlo de una vez por todas, para que tropezar por el puente, para que dejara de ser ese diablo del Fondo del Pozo. Pero mientras esperaba encontrar esa fuerza, la joven viviría. Un ligero espasmo que parecía el inicio de una sonrisa transformó su rostro. La *madre* no le prestó atención. Desde su rincón, el sacerdote se agitaba, aunque no debía hacerlo, pero era demasiado joven, tenía miedo de lo que venía, odiaba ese lenguaje que también él había aprendido. El lenguaje de las cosas ocultas, terrible y misterioso. Prefería no saber nada de esas palabras ni de esas sentencias; deseaba, más que nada, ser sordo a esos llamados y ciego a esos matices. La *madre* ya había comenzado su labor. Él debía observar, recordarlo y, tal vez, repetir las mismas frases a otras jóvenes devastadas por un hombre necio y voraz.

De repente, las manos de la *madre* tocaron la sábana. La paciente se sobresaltó: su sonrisa se desvaneció. Desde su lugar, el sacerdote puso atención en los dedos, fuertes, que poco a poco presionaron en el lugar donde el vientre formaba una pequeña colina; las falanges trazaban cercas y las uñas, caminos. El cura esperaba que la joven comprendiera lo que estaba sucediendo, pero ella estaba como hipnotizada, aturdida por este nuevo movimiento. A pesar de la sábana que se encontraba entre la mano de la *madre* y su piel, un calor desconocido la alcanzó, la irrigó y luego, con un temblor profundo, primero imperceptible y luego violento, intenso y agitado, llegó el dolor, el verdadero dolor.

El sacerdote cuenta que los gritos resonaron por todo el pueblo, que subieron hasta las colinas con una fuerza estremecedora. Le dice que los aullidos de la mujer le desgarraron el corazón, que, después de ese día, lleva en su pecho una herida donde aún están encerrados aquellos aullidos. En las noches de profunda reflexión, abre un poco su alma, con mucha delicadeza, como aprendió, y el murmullo se propaga. Lo recuerda todo: las manos de la *madre*, el rostro de la hija y la sutil sonrisa desvaneciéndose con la llegada del dolor.

Le dice que aquello que vio en esa habitación, atrapado en una esquina, con los ojos secos de miedo y el corazón hecho pedazos, es lo peor que ha visto desde que vive ahí, lo más insoportable. Dios abandonó el mundo de los hombres en cuanto se cerró esa puerta. Las luces de las otras casas permanecían apagadas, nadie fue a pesar de que todo el mundo escuchó. Sí, el cura dijo que era imposible que ese dolor infinito no te alcanzara. La muchacha luchaba, sola, bajo las sábanas empapadas en sudor. Las voces de todas las mujeres que vivieron en el Fondo del Pozo, desde hace mil años, se unieron a la suya; el sacerdote dice que nunca había oído nada igual y que solo un humano que conoce el lenguaje de las cosas ocultas podría sobrevivir a ese tremendo grito de dolor. La *madre* lo obligó a quedarse hasta el final; se sintió como su alumno, el *hijo* aún no existía en esa época, así que fue él, el hombre que la había llamado, quien recibió la lección. Lo recuerda todo muy bien y cada día piensa en las mujeres de esa casa. Dice que el lugar está embrujado y bendito a la vez, que es mágico y oculto al mismo tiempo; dice que ese día creyó que las paredes se desplomarían, que la joven estallaría en sangre y entrañas, que su madre huiría para no escucharla sufrir tanto. Dice que es un milagro que la casa y sus habitantes sigan en pie; después de todo este tiempo, es inhumano vivir con un recuerdo tan duro, él mismo teme volver ahí. Al pasar frente a aquella habitación clausurada donde el infierno mostró el color de sus llamas, su

cuerpo se transforma en el de un animal. Por suerte la sotana oculta sus temblores y escalofríos. Pero nunca, jamás, había conocido una devastación igual. Dice que se reprocha ser humano, tener hermanos y hermanas humanas capaces de hacer algo así; dice que se enorgullece de ser humano, de tener hermanos y hermanas capaces de salir vivos de esa trampa. Se pregunta por qué Dios lo eligió a él y no a otro; después de todo, no es tan fuerte, no tiene los hombros fuertes del hombre de los hombros rojos, tampoco la resistencia de la joven del fusil ni los ojos verdes de esa familia rota. Nada de eso le es ajeno, pero nada de eso le pertenece. Es el hijo del Fondo del Pozo e intenta cuidar de ese lugar y de sus almas. Cada día sufre por el dolor que padeció esa joven. Sabe que contárselo al *hijo* de la *madre* lo vuelve un alma demasiado blanda: sufre por un recuerdo; ya no puede hacer nada por aquello que pasó, lo único que le queda es ayudar a los demás.

El *hijo* no dice nada: las brasas de la chimenea son ojos rojos y ardientes que no miran a nadie. Todo ese dolor, a causa de su *madre*. Todos los dolores que vendrán, a causa de él.

La joven no podía alejar a la *madre* ni pedir ayuda. No podía girarse e impedir que esas manos infernales trabajaran sobre sus entrañas; tampoco podía voltearse y ofrecer su espalda en lugar de su vientre. No podía suplicar, implorar, balbucear; no podía desaparecer, dejar de respirar, ahogarse en el dolor. No podía hacer nada de lo que se concede a un moribundo porque ella no moriría, qué suerte. Viviría mucho, mucho tiempo, decenas de años para recordar ese momento, el momento en el que la *madre* decidió dejarla viva. Y para dejarla viva la vació, rascó las paredes, raspó profundo; la despojó de la sangre, los primeros órganos y los latidos; le quitó aquello que habitaba en ella, con sus dedos, sus uñas y las palmas puestas sobre la sábana. Decían que sus poderes eran tan grandes que no necesitaba tocarte para limpiar tu cuerpo, para despoblar tu pensamiento y vaciar tus sexos culpables de haber temblado como corderos al sacrificio. Decían que sus poderes no tenían límites y que, cuando decidía dejarte con vida, debías recordar que te había perdonado, que el equilibrio del mundo, de las cosas vivientes, te necesitaba, requería tu presencia, aunque el sufrimiento te acompañara hasta la muerte, aunque el recuerdo de ese desmembramiento interno te carcomiera para toda la eternidad. A la *madre* no se le resistía nadie; ella decidía. Los hombres y mujeres del Fondo del Pozo guardaban silencio, como siempre, cargados de furia, de errores, de vergüenza y de las tragedias que ellos mismos habían creado, porque les encantaba tocarse, tomarse, golpearse, perderse. Después de su fiesta macabra, la *madre* limpiaba. La odiaban, pero sin ella se sentían perdidos, como niños abandonados entre dos colinas. La despreciaban en la misma medida que la necesitaban para salvarlos del mundo que ellos mismos habían construido.

Era algo más allá de un grito humano. Más allá de un alarido de miedo. Más allá de un rugido de furia. Esa voz no se parecía a nada que la *madre,* el

sacerdote y la persona que estaba detrás de la puerta hubieran escuchado antes. Era algo más allá de los relinchos que provienen del fondo de las caballerizas, cuando se sabe que la yegua no resistirá; algo más allá de los mugidos en las noches de tormenta intensa, que se escuchan en los prados donde los establos parecen estar abandonados y a la merced de la furia de las lluvias. Ese grito estaba más allá de las grandes protestas populares, manifestaciones cargadas de indignación y duelo social; más allá incluso de los terremotos y los deslaves. Lo que surgía de la joven se asemejaba al fin del mundo, al colapso de las casas una por una, al destripamiento de aquellas colinas. La *madre* no se equivocaba nunca; sin embargo, ese día, con las manos sobre la sábana, mientras sofocaba con su poder una vida nueva para salvar otra, se sintió envenenada por esa voz y reconoció en ella lo que llaman el infierno.

El *hijo* lo sabe todo, y el amanecer roza las colinas bajas. Comprende la decisión de su *madre,* el dolor de la paciente y la ira acumulada durante veinte años. El fusil sobre él, ese pobre fusil, ridículo, patético, sin plomo, sin balas, sin pólvora, sin la promesa de una herida, ese pobre fusil en medio de él y ella cobra ahora sentido.

El día se levanta con una gran calma para acompañar los pensamientos silenciosos del *hijo*, para ayudarlo y consolarlo, también, por no saber qué hacer por esta mujer a quien le arrebataron su hijo sin haberle quitado también el recuerdo de cómo fue concebido. Su *madre* dejó vivir al hombre de los hombros rojos, permitió que continuara; el *hijo* intuye que restableció el orden del mundo al evitar el nacimiento de un niño concebido en la desdicha y el horror. A final de cuentas, el *hijo* conoce bien los poderes y las responsabilidades que estos conllevan. Reconoce que quizá él habría hecho lo mismo, pero, en lo más profundo de su ser, hay una voz, la voz de la juventud, la rebeldía, una voz virgen de las órdenes de la *madre* e ignorante del equilibrio de los hombres, pura de toda palabra humana, de todo mandato divino; esa voz le susurra que no es justo. No sabe exactamente por qué piensa eso, pero siente en su interior que no es justo que las vidas continúen así en el Fondo del Pozo. El hombre de los hombros rojos espera, en su casa repugnante. Desde hace años, la mujer del fusil se duerme temblando de rabia con el recuerdo abominable de esa casa. El *hijo* está invadido por lo que su *madre* llama «la ingenuidad del alma». Su *madre* hizo lo que debía, y la joven tuvo que aceptar su pena. Por su parte, el hombre de los hombros rojos tiene otro hijo, enfermo, con otra mujer, que murió después de haber estado enferma durante mucho tiempo, enferma de ese esposo, de esa casa y de ese Fondo del Pozo donde vivió encerrada por las fuerzas atroces que buscan el equilibrio de este mundo. El *hijo* piensa en estas dos mujeres. A una le arrebataron a su hijo antes de nacer y sufre desde

entonces, no por la ausencia, sino por la forma en que ocurrió, como se sufre cuando te amputan o te extirpan un órgano vital, para evitar que la gente del Fondo del Pozo sufriera una vez que el niño se convirtiera en adulto. La otra mujer desaparecida se casó con el hombre de los hombros rojos, y su pequeño ahora yace postrado en cama, ardiendo en fiebre, con la mirada repugnante de su padre puesta sobre él, la mirada de un padre que pertenece a ese grupo de hombres hinchados de odio, de poder falso y de moral frágil y seca. Sin embargo, ese hombre ha sido quien ha gobernado sobre la vida y la muerte de esas dos mujeres mediante las vidas que alojó en su interior, como quien oculta su mejor carta en el centro de la baraja. La voz del corazón del *hijo* le repite que no es justo.

No es justo.

Las palabras de la *madre* regresan a su memoria: el equilibrio.

El *hijo* cree tener el don del equilibrio. Él puede reajustar, reparar, poner orden en los pueblos y las casas, elegir, compensar, balancear las penas y las sospechas. Ese es su poder: armonizar la crueldad.

El sacerdote no dice nada cuando el *hijo* deja el presbiterio, aunque no tiene idea de lo que el forastero ha decidido, o de lo que significa para él la palabra *justicia*. No tiene idea de las grandes guirnaldas de horror que está a punto de colgar en los barandales de las casas ni de las hiedras de soledad que pondrá sobre las murallas. No imagina que el *hijo* ha crecido más en una noche que en los veinte años que ha estado cerca de su *madre*; no imagina que ella le enseñó las bases de su oficio, pero ahora, después de haber visitado a estas dos familias a ambos lados del río, el *hijo* ocupa, de verdad, el lugar de su progenitora. No sabe, cuando el *hijo* cierra la puerta detrás de él, sin decir una palabra amable, sin dirigirle una mirada, que la tragedia del hombre de los hombros rojos está por terminar, en medio de esa luz naranja de zorros y mirlos, de mendigos y nodrizas. El *hijo* le pondrá fin a esta historia, castigará a este hombre de la peor manera posible; quiere ser justo y poderoso en su justicia. El lenguaje de las cosas ocultas habló esa noche; él oyó, escuchó y asimiló la lección, comprendió las esperanzas y los errores, sintió el desasosiego y la euforia, reconoció las huellas de antiguas heridas y también las de las grandes alegrías. En su corazón, la decisión está tomada.

Cuando la puerta se cierra, el sacerdote suspira. La habitación se siente cálida, siempre parece más reconfortante cuando nadie la ocupa. Su pecho está menos agobiado, sus sienes todavía palpitan, sus piernas querrían seguir, pero ya es inútil. Le gustaría dormir, por fin, en esa silla que ha sido reparada mil veces. La noche ha sido larga como la espera de un día antes, en ese camino, después de la última curva, donde creyó ver llegar a la *madre*, pero apareció un extraño. Ya es un hombre mayor para esas esperas, pero, aun así, no se queda dormido. El sacerdote vela.

No tiene idea de lo que está a punto de ocurrir en la casa del hombre de los hombros rojos.

Cuando el *hijo* empuja la puerta, descubre que la chimenea está apagada. El comedor le congela la sangre. Pasa su mano sobre la mesa, lo ve todo: los ojos verdes desorbitados, la esposa muerta, los hombros rojos, los temblores, el inicio de las lágrimas, el comienzo de los embarazos, el fin del amor. Las paredes de esta casa lucen más nítidas, parecen dañadas por el frío, petrificadas por la mañana. Avanza por el pasillo, algunas columnas de polvo forman una cortina luminosa en la oscuridad.

En la bruma del amanecer, la habitación del pequeño brilla con belleza. Blanca y gris. Solo se escucha la respiración calmada y serena del niño que va a vivir; la fiebre cedió durante la noche, después de la visita del *hijo*. La bestia de los hombros rojos duerme en su silla: tiene el sueño pesado, su pecho ronca, despide un olor repugnante, pero no ha dejado su puesto, espera ahí como un animal fiel, listo para defender, para morder y para matar por ese niño. Tiene la boca abierta, el interior de sus labios, amarillento y arrugado, repugna a todas las mujeres del pueblo.

De repente, el *hijo* ve al interior de esa boca que ha mordido el cuello, los senos, los hombros de la mujer del fusil, y su mano se convierte en la de un hechicero, con poderes desbordados por la emoción. El *hijo* es más fuerte que la bestia de los hombros rojos. La bestia va a pagar, ahora, ahí, en este amanecer donde las campanas no suenan, donde el pueblo aguanta la respiración; el *hijo* va a reparar los errores de la *madre,* al fin tendrá lugar, al fin tomará su lugar. Se acerca a la cama como si estuviera ante los pies de una Virgen de alabastro y, apartando sus ojos, sus manos, su odio humano de la bestia, extiende las palmas, separa los dedos, estira las muñecas y dobla las falanges. Extiende el brazo sobre el rostro del niño, como si fuera a tomarlo con fuerza, a torcerlo, a desfigurarlo; sería tan fácil reducirlo a pedazos, romperle los huesos de la cara y del cráneo. Lo piensa, pero se

contiene; su mano está completamente abierta, parece haber crecido, como si el esqueleto se hubiera expandido quebrando las falanges y las uñas se hubieran alargado; esa mano no es la suya, está llena del don de su *madre* y de todas las mujeres que la precedieron.

La bestia de los hombros rojos no se mueve: el perro duerme como duermen los perros después de haber velado, en un sueño que se parece a la muerte, hundidos en sus limbos, en sus sueños sin color. El *hijo* respira hondo, su palma se tensa por encima de ese rostro tan suave que parece sagrado y, de repente, las sienes delicadas del niño se marchitan. El mentón se dobla, las mejillas se aprietan sobre sí mismas, la nariz crece, aparecen arrugas en su frente, los ojos se alargan. Las orejas se hinchan, el cabello se cae, los labios de la boca se tuercen, las encías quedan descubiertas y los dientes se separan. Las fosas nasales se juntan, los párpados se caen como frutas secas. Ahí, donde alguna vez hubo belleza, todo está roto, informe, monstruoso. El espectáculo es repulsivo: parece como si una rueda gigante hubiera pasado por encima de ese rostro hermoso, haciéndolo estallar. Sin embargo, en medio de ese montón de carne, se escucha una respiración suave; lo poco que queda de sueño flota en la habitación. El rostro está destruido, pero la vida sigue en ese cuerpo.

Cuando el *hijo* termina de deformarlo, cierra la mano y la blancura de la piel se pudre al instante; el rosa de los labios se oscurece, las cejas se desploman y la cara angelical se torna, como los hombros de la bestia, en un rojo casi malva. Parece que sumergieron la cabeza en sangre y luego la quemaron con hierro al rojo vivo. La cabellera está destruida y la putrefacción se extiende hacia las orejas y el cuello. Está deshecho: el niño rey se convirtió, ahora sí, en el hijo de la bestia de los hombros rojos. Su rostro está marcado, desfigurado, sometido al hechizo. Quemado. Partido y purulento. Su belleza está aniquilada, fue reemplazada por una nariz deforme y líneas toscas. El niño ahora es una flor marchita, carcomida, en un cuerpo débil. La repugnancia de este padre se trasladó al rostro de su único hijo, ahora imposible de mirar de tanto que sus rasgos han sido descompuestos, arrancados, raspados. Cuando el *hijo* retira las manos, no queda más que carne en ese rostro; la perfección, reducida a cicatrices y

quemaduras, ha desaparecido. El niño respira: el *hijo* había prometido que viviría, y vivirá, desfigurado, hechizado, pero vivirá, y por mucho tiempo, con esas marcas.

El *hijo* se da la vuelta y da dos pasos. Mira la puerta abierta, el pasillo que lleva a la cocina, el tenue rayo de luz roja que se filtra desde la entrada. Espera. Antes de abandonar la habitación, observa una última vez el rostro que acaba de descomponer y marchitar, mira a la bestia de los hombros rojos. El *hijo* ha sido justo, está seguro de eso. Le deja a la bestia un regalo putrefacto por sus actos terribles; cuando despierte y vea así a su hijo tan amado, conocerá un dolor que jamás ha experimentado. Conocerá lo que es perderlo todo y seguir vivo, teniendo como única compañía a ese niño con el rostro desfigurado. El *hijo* recorre el pasillo y sale. La luz del día está por tocarlo todo, pero no hay nadie.

Cruza la calle, atraviesa el puente, camina muy despacio, como una cigüeña. El río se despierta, de su caudal se eleva un lamento desesperado que el *hijo* ignora.

A la salida del pueblo, levanta la mano en dirección al campanario. No dice hasta pronto, sino adiós. Las campanas responden, de manera unánime. El *hijo* piensa en la locura de la bestia, en su furia cuando lo comprenda. Piensa en la mujer del fusil, en la anciana en su cama, esa anciana a la que decidió dejar vivir. El *hijo* guarda el equilibrio del pasado y, bajo el estandarte rojo de la mañana, desaparece entre las colinas bajas.

Epílogo

Porque así es como llega la muerte y se apodera de los lugares, de los animales y de los niños; es así como habla con las viudas y las adolescentes, como engulle a los viejos y a los jóvenes. Con palabras simples y manos serenas, resquebraja las puertas de las casas, las ventanas de los castillos; perfora sin violencia las noches más oscuras, los días más luminosos. Para ella, cada pradera es un camino, las montañas son colinas y nada de este mundo puede resistírsele. Así avanza la muerte, con el rostro de la juventud, con piernas vivas cuando las anteriores se consumieron, con ojos maliciosos cuando la mirada del pasado ya no es más que un agujero de recuerdos. Viene cuando se le llama, habla el lenguaje de los hombres, las mujeres y los niños, pero conoce otros mil. Su boca es un mundo, pero, sobre todo, conoce el lenguaje de las cosas ocultas. Entonces la muerte llega, sus movimientos son suaves, su palabra es pura; no habla de más, nunca miente. Mientras los hombres se pierden en el cuerpo de las mujeres que imploran, mientras ellas se pierden en la espera de un regreso o de una caricia, la muerte cava surcos en las familias, toma a los niños enfermos, se lleva a las niñas frágiles, organiza a los pueblos, libera a los ancianos seniles que persisten, locos de atar, dementes sin cura. Cree ser justa, pero su justicia es la de los últimos instantes, la de los últimos momentos de dulzura y amor. Para ella, la palabra *amor* es un templo sagrado que los hombres han saqueado desde hace mucho tiempo, así que, cuando la escucha en la boca tierna de aquellos que se aman con sencillez, los deja vivir, todavía. La muerte concede indulgencias, es sensible ante las almas apasionadas. Saca las agujas largas y afiladas de la madeja que forman los pueblos, se instala en las habitaciones y las memorias, en los cuerpos y los juegos, en los libros y los pensamientos. Se parece a un joven, se parece a su *madre*. La *madre* y el *hijo* hacen lo que deben hacer, restablecen leyes antiguas. La muerte multiplicada organiza el tormento, estructura la ternura con ausencias

repentinas, prolonga vidas sin sentido, corta alientos, rasga pechos, quiebra gargantas, hace crecer tumores. La muerte enriquece la existencia de los hombres, comienza historias en cualquier lugar. Sí, así es como llega la muerte, sin importar los proyectos, las carencias y las esperas; sin importar los hospitales llenos de esperanzas ni las fosas llenas de tierra; sin importar la falsa inocencia de los niños ni la protección de sus padres; sin importar la buena salud, las aseguradoras, las previsiones. Ella se rebela contra todo lo que estaba previsto, escrito, dispuesto, le importan poco las leyes que no son las suyas. Solo le importa el lenguaje de las cosas ocultas, los fantasmas atrapados en sus cadenas como un gran amor atrapado en un corazón roto, los animales partidos en dos en bosques oscuros devastados por la lluvia, los edificios derrumbados donde aún nacen pájaros que lloran de hambre.

Así llega la muerte, sin previo aviso. La recibimos con los brazos llenos de flores, los ojos llenos de lágrimas, sorprendidos de que nos conozca tan bien, de que despierte en nosotros amores más fuertes que la vida misma.

Acerca del autor

Cécile Coulon. Nació en Clermont-Ferrand en 1990. Autora revelación de la literatura francesa contemporánea, es articulista, novelista y poeta. Publicó su primer libro a los 16 años y desde entonces ha ganado algunos de los premios más importantes de Francia, como el Premio Guillaume Apollinaire en 2018 con su poemario *Les Ronces* y el Premio de Le Monde en 2019 con la novela *Una bestia en el paraíso.*

Título original: *La langue des choses cachées*

© L'Iconoclaste, Paris, 2024
Esta edición se publica por acuerdo con L'Iconoclaste, BAM Literary Agency, París, y The Ella Sher Literary Agency.
Todos los derechos reservados.

Autora de la obra literaria: Cécile Coulon
Traducido por: Cynthia Fernández Trejo
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado
Fotografía de portada: © Roy Bishop / Arcangel

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: mayo de 2025
ISBN: 978-607-39-2794-9

Primera edición en formato epub: mayo de 2025
ISBN: 978-607-39-2899-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Índice
Prólogo
El lenguaje de las cosas ocultas
Epílogo
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros